

**CATULLE MENDÈS**  
**(1841-1909)**



**LA VIDA SERIA**

Centenario de la morte de Catulle Mendès

Título Original: *La vie sérieuse*

Edición original: Joseph Ducher editeur. París. 1889. Col. Librairie Mondaine.

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para

<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

## PROLOGO

¡Oh, jovencitas, oh muchachos, escuchad esta gran lección!

Ahora que soy muy anciano y mi barba canosa parece la de los dioses-río que se ven en los cuadros, y que no podría caminar durante algunos minutos sin una deplorable cojera que es presagio de una próxima muleta, –¡hum! ¡hum! ¡hum! y tosiendo con una sacudida de todo el busto inclinado como las Gárgolas de las catedrales, – ahora que Cloe merodeando por los senderos, ya no ve en mí más que al inmemorial antepasado de Dafnis, y que Colette, Jo o Lo, cuando cometo la imprudencia –¡eh! ¡eh!, uno tiene a veces esas debilidades, – de inclinarme hacia ella en el momento que quita su corsé ante el alto espejo de su cuarto de baño, no puede impedir decir: «¿Quién ha puesto el retrato de mi bisabuelo en lugar del espejo? » ahora que Matusalén y Anchise al verme piensan: « Mucho me temo que a este pobre hombre no le queda mucho.» debéis saber que he dejado de ser por completo frívolo. Nada me deslumbra ya – es el privilegio de la edad, – veo las cosas bajo su auténtica naturaleza: no, ¡no esperéis de mí el fútil consejo de que os aferréis a las vanidades humanas! He aquí al más desengañado y escéptico de los vivos; y todo porque, oh jovencitas, o muchachos, utilizo el último aire que queda en mis pulmones –¡hum! ¡hum! ¡hum! – para gritaros: «¡Besaos en la boca! ¡Abrazaos, estrechaos! ¡Romped los divanes en vuestros flirteos excesivos aunque sean preliminares! ¡Romped en vuestros furores definitivos, las camas! y que vuestras alcobas sean, espantosas y magníficas, los gloriosos campos de batalla de todas las victoriosas derrotas. ¡Amad! ¡morid de amor! y, en el recuerdo de haber amado y de morir por ello, volver a encontrar el coraje de amar todavía más y de volver a morir! »

Pues hay que ser serio.

\*\*\*

Parece mentira que en esta tierra, grande como la mano, donde la única felicidad válida es la del amante que consigue una querida presa o la del esposo que penetra en la habitación nupcial, todavía haya personas, aquí y allá, que se preocupan de buscar un renombre o de enriquecerse.

¡Ah! ¡pobres! ¡imbéciles! Incluso cuando hayan logrado su quimera, cuando incluso, no menos triunfantes que el poeta Aboul-Kaçem-Mançour y que el rey Hetzel, y poseyesen más cofres desbordantes de pedrerías que nunca tuvo el emperador de Samarkande, que dignos serían – ¡a menos que no hubiesen tratado de buscar la gloria o la opulencia para merecer una sonrisa de unos bellos labios!– de ser abucheados y compadecidos por el muchacho del arado y la granjera que van detrás de la haya a

mezclar en sus bocas la gruesa fresa ácida del amor salvaje. ¡Eh! ¡Cómo! ¿Es posible que haya corazones latiendo que no amen? ¿Hay manos vivas que no agarran, olorosos y calurosos, los senos de pezones rebeldes y que no se bañan en el oro incendiado de los cabellos? ¿Es que hay miradas que pueden ver el lánguido azul de los queridos ojos de una mujer sin que afluyan a sus ardientes pestañas lagrimas de deseo? Sí – es difícil de creer – se me ha mostrado un hombre que, llevado por la esperanza del lucro o el sueño de algún vano renombre, – ¡oh, inconcebible aberración! – dejó pasar la hora, – ¡esa hora que eternizada sería el paraíso! – en la que su enamorada, con el camión ya caído, y la rodilla sobre el borde de la cama, insinuándose rosa y tibia, bajo el blanco frescor de la sábana, lo esperaba levantando hacia él, en un prelude de abrazo, sus gruesos brazos que le ofrecían la doble promesa cálida de una más íntima calidez. Es de justicia atribuir a las mujeres, que raramente consienten en dejarse distraer mediante los mediocres preocupaciones de la existencia o los absurdos deberes, la única función para la cual la humanidad fue verdaderamente creada: ellas apenas fingen conceder alguna vaga atención a las cosas en las que el amor está ausente, y son, veladas de pudor, las víctimas siempre consentidoras del delicioso suplicio. Pero que hay hombres, en bastante gran número, que se ven invadidos por otros deseos que no sea el perpetuo arrodillamiento ante la bien amada, esposa o amante, es algo innegable. ¡Misericordia! ¡hay bocas cerradas que no se abren ni por un beso, hay bocas abiertas que no se cierran ni por un beso! ¡Ingenuos, brutos, zafios, tres veces idiotas! Y también son culpables. ¿De qué insensible piedra está hecha su conciencia si pueden dormirse, – aunque fuese sobre una almohada abarrotada de cheques o cargada de laureles, – sin ser devorados por el remordimiento del pensamiento de que tantas jóvenes mujeres, inútilmente bellas en lejanas camas perfumadas, duermen solas? ¡Ah! ¡mortales! ¡amad! No hagáis otra cosa; no penséis en otra cosa. ¡Amad! ¡amad aún, todavía, siempre! puesto que el recuerdo de los lechos compartidos es el único que os consolará de la solitaria tumba.

\*\*\*

¡En cualquiera de sus formas, el amor tiene razón!

Sublime, – con un regustillo de blasfemia – cuando llora y desea en el alma de la Magdalena al pálido profeta que habla, con los brazos levantados a orillas de las olas; augusto, cuando une sobre el lecho conyugal, cerca de la cuna que él ha llenado, los sanos labios de los fieles esposos; soberbio, cuando, para la conquista de la elegida, aconseja y ordena nobles acciones y convierte al más cobarde de los transeúntes en caballeresco aventurero que, por el amor de una princesa encantada, triunfa sobre endriagos y tarascas, aplastando bajo los escombros a los gigantes guardianes de los torreones: exquisito como la eclosión apenas de una florecilla bajo la hierba, si, entre las rosaledas o a lo largo de los cantarines arroyos, entrelaza y trenza en una cestilla rosa los dedos menudos de dos niños que no se miran por miedo a desfallecer de dicha viéndose, que no se hablan por temor a morir de éxtasis escuchándose: no creáis que el amor sea odioso o despreciable si, motivado por las físicas delicias de la apetencia de sexualidades secretas, acontece demasiado brutal o demasiado sutil, si desencadenado por el instinto o refinado por el desdén, él se arroja en el furor de los estupro o se insinúa hasta la ambigüedad de solapadas impotencias. No, – aunque podáis pensar en la austeridad de los guardias campestres, – yo no os censuraré en absoluto, rudos machos errantes, vagabundos macilentos del crepúsculo, que, al igual que sátiros secuestradores de Hamadriades, tomáis entre vuestros brazos duros y peludos, y no soltáis, y tumbáis sobre las piedras de los taludes a la muchacha, que sintiendo el cáñamo y el heno, retorna al campo donde se siega; y no os condeno, buscadores

inquietos, cerca de la nueva amante, por la delicia tal vez suprema que vuestro aburrimiento desespera al no haberla encontrado junto a la amante de ayer. Incluso, no os juzgo culpables, pálidas lánguidas. Que en vuestro doloroso hartazgo de acoplamientos permitidos y de celos convenidos, cansadas de la caricia viril que os decepciona, pedís a vuestros labios la ilusión de un beso donde, tal vez, uno se extasié. Los sueños desdeñosos de los pechos planos, los senos que quieren senos –¡oh! que dulce me sería, entre los pechos prietos, el beso de mi misericordia! – los brazos, a quién el recuerdo de un vals entre amigas una tarde familiar, –con los maridos charlando en el fumadero – inspira la esperanza de un abrazo más completo, un poco más bajo, sin corsés ni telas; y, para decir todo, ¡tampoco podría censurar las sinceras bocas impúdicas de los Safos decididos que codician y amenazan la inocencia de las virginidades y el aburrimiento de la viudez! pues el amor, – tanto fuese Eros y Cupido como el Deseo – tiene ese sublime poder de dirigir las mediocridades ordinarias hacia el bien o hacia el mal, no importa, a las mujeres y los hombres, y obliga, adorable o infame, ¡al más excesivo empleo de uno mismo! En cuanto a mi, ¡no hay límites para el fervor que tengo por el único dios que vale en los altares! ¡mi religión, a la que ningún gozo iguala, es el éxtasis de besar los labios que se quieren! y si, entre mis brazos jamás envejecidos, me fuese dado estrechar a una joven siempre enamorada, ¡ah! ¡los días, y los meses, y los meses, y los meses aún, pasarían en vano! Sin descanso prendado de bellos ojos, de bellos senos, de bellos muslos, la mantendría indisolublemente cautiva de nuestras comunes borracheras; y si, después de diez o doce mil años de caricias y abrazos siempre renovados, sonase por fin la trompeta de Josafat, – señal tal vez del Paraíso ofrecido, – diría al ángel del clarín: «¿Cómo? ¿ya? » y a mi amante: «¡Sigamos!»

¡Pero estos son extraños pensamientos! Desde luego no son los de un poeta anciano, semejante a los dioses-ríos, cuya longevidad es admirada por Matusalén y Anchise. ¡Hum! ¡hum! ¡hum! cuántas dificultades tuve antes, en arrastrarme, ayudándome de los muebles, desde mi sillón a mi mesa; ¿y estoy seguro de no haber entregado el alma, hace un instante, en ese espantoso ataque de tos? ¡Ah! ya no es para mi, antigualla, para quién florece la exquisita rosa de las bocas femeninas. Pero si no debo predicar más mediante ejemplos demostrativos el eterno evangelio del amor, al menos me queda la gloria de decir y de alabar, en mis versos y en mis prosas, las delicias que me están prohibidas. Sí, en poemas ardientes o melancólicos, en cuentos tiernos o perversos, contaré las risas y los llantos de los enamorados, y las franquezas de los besos rápidos, y las adorables hipocresías de las negativas que dicen sí, revelaré todo el amor, lánguido o forzado, sincero o mentiroso, ingenuo o exquisitamente infame. ¡Realizaré la interminable enumeración de todos los besos del mundo! Y de mi esmero rimando amables frases o de elegir epítetos apenas anticuados, que gran recompensa será para mí seré si una joven, hasta hoy cruel, después de haber leído una de mis páginas, deja de negar el aliento de su boca al amante que la adora desde el día en el que, solos los dos, a orillas de un río en el crepúsculo, ¡vieron temblar en el agua el reflejo de dos estrellas vecinas que se amaban!

## I

## MEDIDA POR MEDIDA

¡Ocurrió antes del primer beso! antes del primero de los definitivos besos. Por lo que respecta a labios que furtivamente se rozan o alientos que, no del todo cerca, se codician, esos dos amantes habían ido tan lejos como era posible en sus flirteos amorosos; ¡pero sus vidas todavía no se habían confundido, infinitamente, en una suprema aspiración común de bocas encarnizadas! Y, en la habitación donde murieron las rosas para que la visitante respirase de ellas el alma vaporizada en la tan profunda oscuridad, – pues Lise de Belvelize, tan pudorosa ella, ¡exigía todas las luces apagadas! – Valentin, sobre la cama en la que ella no tardaría en reunirse con él, esperaba con los estremecimientos de una deliciosa angustia. Ahora bien, como él bostezaba un poco nervioso, se produjo un deslizamiento de seda sobre seda, un ruido sobre la alfombra, leves pasos de los pies desnudos de Lisa; luego, tras un silencio, Valentín sintió algo delicado y mullido, admirablemente perfumado, algo parecido a un pequeño ramillete de rosas, posarse sobre sus dientes y apartarlos con una dulce violencia; enseguida comprendió que lo que tenía entre los labios eran los dedos de uno de los pies de su amiga. ¡Ah! ¡qué grande fue su alegría y con que pasión los besó! Sin embargo estaba sorprendido. Hubiese sido más normal que como primera delicia ella le concediese su mano o su mejilla, o la punta, incluso rosada en la noche, de un joven seno que se hincha y late. Pero ella, adivinando sus pensamientos, dijo con voz tan cantarina como los trinos de un nido: «¡Ah! ¿por qué esta sorpresa? ¿no es natural asegurarse, antes de comprometerse hasta la imposibilidad de volverse atrás, que nada se opondrá al perfecto cumplimiento de las cosas que se premeditan? Tan erudito en el amor como se dice que sois, no debéis ignorar que se puede, de algunas conveniencias de la amante al amante, concluir conveniencia análogas, aunque tan diferentes, del amante a la amante; debe existir, de hecho existe, entre dos seres hecho el uno para el otro, unas correspondencias, y unas reciprocidades virtuales, que no se encuentran nunca entre las personas no destinadas a adorarse; y, verdaderamente, hubiese sido una señal de un penoso desacuerdo futuro, si la punta de mi pie no hubiese cerrado el enamorado bostezo de vuestra querida boca.»

Entonces él dijo: «¡Y muy bien cerrado, por cierto!»—«¡Ah! ¡tan perfectamente cerrado – dijo ella – que estoy encantada!» Y, sin ninguna demora, en la habitación donde se evaporaba el alma de las rosas muertas, Valentin dejó de estar solo en la cama

velada de dulces tinieblas, – pues Lise de Belvelize había exigido todas las luces apagadas porque ella conservaba, tan ingenua todavía, una natural pudor.

## II

## JUSTICA DEL AMOR

Esa noche dos mujeres lloraban.

Vivian bastante lejos la una de la otra; una en el peor barrio de la ciudad de Santa Margarita, la otra en el más hermoso palacete de la Avenida del Bosque. ¡Ah! que poco se parecían. Además la miserable era horrorosamente pobre y la mundana era extraordinariamente rica, ésta tenía la belleza de las flores radiantes que florecen en los jarrones de Japón sobre las repisas de las chimeneas principescas, aquella mostraba la fealdad de un ramo de dos centavos marchito y sucio tirado en una esquina de cualquier calle entre un montón de basura; y todavía se daba entre ellas la diferencia de que Margotte mendigaba por los bulevares exteriores desde que comenzaba a anochecer para poder pagar las cañas a su hombre, delincuente y rufián, en los bailes de la Chapelle, mientras que la baronesa Hélène iba en compañía de algunos bailarines del último baile de la embajada rusa a entregar limosnas en menuda moneda blanca (en una bolsa de oro) a las buhardillas que los periódicos caritativos consignaban en sus hechos diversos.

Lamentablemente, las irónicas providencias se regocijan en estos romanticismos: por una parte todo el esplendor posible, la belleza, las sonrisas, con el orgullo de complacer elegantemente; por la otra, toda la fea miseria, y los puños en los dientes, con la horrible humillación y el rencor de implorar.

Ahora bien, esa noche allí, Margotte y Hélène, en vecindarios tan alejados, una en el peor barrio de la ciudad de Santa Margarita, la otra en el más hermoso palacete de la avenida del Bosque, lloraban ambas.

¿Por qué lloraba Margotte? porque el delincuente, con las manos a veces llenas de sangre a las que ella le gustaba besar, incluso sangrientas, no regresaba, habiendo pasado ya tres horas, al tugurio donde ella lo esperaba, sentada, con la vela a punto de acabarse, sobre el jergón sin sábanas; sin duda acabaría su noche con alguna prostituta, más lozana o mejor vestida, en un hotel elegante con cortinas en las ventanas donde una habitación cuesta treinta centavos la hora! ¡Ah! ¡el miserable!

¿Por qué lloraba la baronesa Hélène? porque el amable y delicado caballero a quién, después de tres meses, ya no pudo rechazar, no hacía uso esa noche de la licencia que ella le había concedido para penetrar en su domicilio por medio de una pequeña llave con la que se abría la puerta del jardín. ¿Quién sabe? Tal vez se había demorado en casa de alguna casquivana bebiendo champán en misteriosas copas parecidas a flores de

Lis doradas o de ébano, completamente generosas del vino rosado; ¿o tal vez se había prendado, – ¡pues los hombres son tan tontos!– de una muchacha de la compañía del ballet de los Folies-Bergère, demasiado gruesa, con los muslos enormes,

embutida en un maillot demasiado estrecho, quién, con la falda al aire y como hinchada por el luminoso viento de la rampa, le había enviado a su olfato, desde la escena a las primeras butacas, en el giro de la danza, el almizcle un poco rancio y sudoroso de sobrecalentadas intimidades? ¡Ah! ¡el ingrato!

Y el delicado caballero no abandonaría a las casquivanas o a la bailarina almizclada, aunque Hélène sollozase entre sus cabellos alborotados, entre los encajes de su camisón en vano deseoso de arrugamientos y ardientes desgarros.

Pero, en el sórdido cuchitril, el delincuente, ¡el canalla apareció finalmente! Con el sombrero cayéndole, los cabellos llenos de lodo, hablando ronco, con el aliento a alcoholes ingeridos y vómitos expulsados, estaba horrible, habiendo cometido algún crimen o alguna fechoría más vil. ¡Pero estaba allí! Él tomó en sus brazos de gran mono, besándola con sus rudos labios donde permanecían restos del olor de las alcantarillas, a la fea muchacha enamorada que se extasió con la fuerza del abrazo; y Margotte se echó a reír, a reír más todavía, a reír un buen rato, sofocándose, feliz de sofocarse, bajo el triunfante peso de su hombre.

Pues el Amor, el muy justo Amor, vencedor de los destinos, es el dispensador nocturno de las tiernas compensaciones; por la caricia, infame o no, –¡qué importa si es dulce! – concede y reserva a la más vil de las pobres ser motivo de celos para la más exquisita de entre todas las mundanas; y es el la que da la limosna la que podría pedir caridad a la mendiga.



## III

## EL INCENDIARIO HONESTO

¡De todos son conocidos los espantosos desastres que provocó el incendio del castillo de Ruremonde, este otoño en una noche de baile, en Touriane! Se rememora, – pues todos los periódicos se hicieron eco del desastre con mil detalles, – el pánico de los hombres y mujeres sorprendidas, envueltos por las llamas hacia el final de la fiesta, y los gritos y los brazos torcidos y las vanas huidas con las faldas prendidas, y finalmente el desplome de los techos y el tejado sobre los cuerpos ya calcinados. ¡Oh, qué irreparable desgracia! ¡cuántas viudas y huérfanos, ¡cuántos llantos derramados por la crueldad del cielo sordo! Pero lo que se ignora es la causa de este abominable accidente; todavía se preguntan por quién y cómo el fuego se encarnizó con la muchedumbre de bailarines en el castillo e Ruremonde. Ahora bien, lo que se desconoce yo lo sé y ¡quiero contarlo para mayor gloria del Amor! En el fondo de un saloncito, bastante lejos de la amplia sala donde se ejecutaban los valeses, dos muchachos, el novio y la novia, él veinte años, ella dieciséis, hablaban en voz baja, radiantes esa noche. Se amaban con una ternura infinita; y la esperanza de su próxima dicha constituía de por sí tal felicidad, que los más felices los habrían envidado. Ahora bien, hete aquí que la muchacha, – mientras su amigo le decía al oído deliciosas palabras, – se dedicó, por juego, a interrogar a una margarita que, paseándose por el césped antes de comenzar el baile, había recogido y puesto en su blusa. ¡Ah! ¡qué segura estaba de una buena respuesta, – sabiéndose adorada! «¡Apasionadamente!» he aquí lo que la flor respondería. Tranquilo él también, seguro de su amor y lleno de fe en la sinceridad de las margaritas, el joven amante miró los pequeños dedos rosados arrancar una a una los blancos pétalos. ¡Pero de repente se estremeció! De una rápida mirada, acababa de contar las finas blancuras que quedaban por arrancar, confirmando que la respuesta sería: «¡no del todo!» ¡Cómo! ¿era posible tal aventura? ¡Cómo! la exquisita muchacha, por la mentira de una flor, ¿tal vez albergaría alguna duda acerca de la intensidad y ardor del amor que él le profesaba? No lo dudó ni un minuto. Tomó un candelabro, y, mientras la muchacha, espantada, soltaba la margarita que no hubiese tenido tiempo para mentir, ¡las llamas prendieron en las muselinas y las cortinas, alcanzando la sala vecina y propagándose por todo el castillo! Desde entonces, cuando se habla ante ese joven de tantas víctimas bajo las ruinas y las cenizas, desde luego testimonia una gran tristeza, siendo alma piadosa y buena. Pero no experimenta ningún remordimiento, no, ¡ni ninguna pena! Pues pese a estar muy contrariado porque muchas personas habían perecido, ¿cómo iba a ser posible

que dejase penetrar en esa niña, tan tiernamente enamorado como estaba de ella, una duda con la que quizás hubiese afligido su ingenuo corazón?

IV

COQUELICOTINA

«Bésame», dijo Coquelicotin. Antes, cuando atravesaba el salón, el perrito ladró, el pequeño pequinés, ¡oh, Coquelicotina!

–¡Caramba!, dijo Coquelicotina, el caso hubiese sido grave si mi marido se hubiese despertado; pero tranquilicémonos, yo arreglaría las cosas. – «Bésame», dijo Coquelicotin.

Al día siguiente, Coquelicotina proporcionó arsénico a su marido en un merengue con mermelada de grosellas, luego dijo a la gente: «Mi marido acaba de entregar su alma cuando yo atravesaba el salón. »

Una doncella ahogó al perro; el sábado por la noche, mientras la noche con dedos de ébano cerraba las puertas de Occidente, el perrito ladró por última vez.

«Querida amiga, estás equivocada, dijo Coquelicotin, y tu conciencia ha dejado de ser pura *como un mantel de altar que se limpia todas las noches*. –¡No! respondió la joven, mi marido era viejo. – No lamento la ausencia de tu marido sino la del pequeño pequinés, ¡oh Coquelicotina! »

## V

## EL BUEN CALCULADOR

Cuando ella estuvo completamente desnuda:

–¡Oh, delicioso tesoro! – exclamó él, tambaleándose de deslumbramiento y embriaguez.

Pues él amaba apasionadamente a la joven muchacha que durante tanto tiempo se había mostrado tan cruel, tanto tiempo deseada con sollozos y lágrimas, y que ahora consentía por primera vez en despojarse de sus prendas, de sus encajes y de sus crueles negativas. ¡Oh, incomparable triunfo! ¡La veía, la poseería! Pensaba: «Soy un dios.» Sin embargo no se precipitó con el furioso transporte al que ella estaba dispuesta a asumir; se dirigió hacia un pequeño mueble de estilo renacentista con incrustaciones de marfil, tiró hacia sí de uno de los cajones y extrajo una cinta de seda que era un metro, y acercándose a su amiga se inclinó hacia ella, le tomó un brazo y lo estiró, con diligencia, con esmero, pareciendo un dependiente que midiese un satén blanco, tan vivaz y casi rosa.

–Pero, Señor!... – dijo ella, estupefacta.

–¡Permítame! – dijo él con gesto que le suplicaba que permaneciese inmóvil y guárdase silencio.

Desde la olorosa raíz de los cabellos al óvalo rojo del pulgar del pie, de un hombro al otro, de una cadera a la otra, la medió completamente, interrumpiéndose algunas veces para dedicarse, con la frente arrugada por un esfuerzo, a algún cálculo mental; tanto midió que finalmente profirió en alta voz:

– ¡Seis mil cuatrocientos!

–¿Seis mil cuatrocientos? – repitió ella, creyéndole loco.

–¡Salvo error! Es decir que la superficie de vuestro divino cuerpo, al no considerarlo más que por un solo lado por desgracia (¡pues hay que reservar algo para el futuro!) se compone de seis mil cuatrocientos centímetros de piel más fina y mejor perfumada que un pétalo de rosa. De modo que,– continuó ese hombre apasionado pero metódico –si un beso pudiese cubrir al mismo tiempo tres centímetros de vuestra exquisita carne, entonces, sin desperdiciar nada, mis labios deberán posarse sobre ella dos mil ciento treinta y tres veces aproximadamente. ¡Exquisita obligación! Suponiendo que cada uno de los besos dure una hora o dos ( algunos tal vez sean menos breves...)

–¡Pero no acabaremos nunca! – dijo la joven echándose a reír.

–¿Acaso nuestro amor no durará – dijo él – desde este momento hasta el último minuto de las edades?

Luego se arrodilló, y, comenzando, besó cerca de la uña el pequeño dedo rosado de un delicado pie desnudo que pendía. ¡Menos de un centímetro! racaneaba, para eternizar las delicias.

## VI

## LA QUE ERA MORENA

¡Pero ya no lo es! Enseguida comprendió que sería absurdo, siendo estrella o rosa, envolverse en negras nubes o sombrío follaje y que por tanto no había ninguna razón para que los mechones estuviesen solamente en los rayos de julio o en las vitrinas de los joyeros y cambistas, con su mágica llama de oro rojo y caluroso. Bien es cierto que su palidez, antes se languidecía deliciosamente entre el despliegue ondulado de sus largos cabellos negros, mostrándose como la antítesis de una náyade de nieve extendida sobre una oleada de líquido color ébano; y puesto que era morena – ¡tan bella de ser morena! – cobardemente a punto estuve de creer que una mujer podía serlo en efecto sin ningún remordimiento. Pero ella tuvo el noble coraje de no aprovecharse de mi debilidad para permanecer con su natural semejanza con la noche. Siendo sabedora de que el único deber de las enamoradas, esposas o amantes, es siempre la búsqueda de la perfección de sí misma, se atrevió con todos los tintes, los inofensivos y los peligrosos, –¿Qué importa el peligro si la conciencia ordena? – los que hacen que los rizos de la nuca parezcan pequeñas llamas escarlatas, los que prorrumpen como un estallido en las cabelleras hasta producir una herida agónica de un rojo descolorido, aquellos que hacen de los cabellos, tomados a puñados, matas de ardientes mediodías; y, después de haberlos empleado uno tras otro, los usó todos juntos; ¡de modo que ahora beso y muerdo sobre el encaje de la almohada la mezcolanza olorosa y variopinta malva de todas las tonalidades rubias!

Sin embargo, hay que confesarlo, tal delicia no se produce sin alguna melancolía. Cuando ella era morena, mi muy bella me guardaba una fidelidad que no quebrantaban en ningún caso los prometedores arrodillamientos de los más expertos amantes, ni siquiera los cuchicheos sin palabras de las demasiadas tiernas amigas que, en los cupés totalmente sombríos, al regreso de los estrenos, mantienen con silenciosa lengua unas extrañas intenciones en la oreja de nuestras amantes finalmente turbadas. Desde que su cabellera se parece a los oros más encantadores, me he visto obligado a reconocer que, sin dejar de mostrarse dulce hacia mí, es mucho menos cruel respecto a los demás. Sí, – pues, ser rubia, fatalmente es asemejarse a la consentidora Anadiómena, – ha dejado de repudiar los esfuerzos de los jóvenes arrodillados; incluso tengo buenas razones para suponerla menos hostil a las delicias de los saloncitos demasiado femeninos y exclusivos; delicias tanto o más completas por ser inferiores (¡ah! ¡pobres hombres! ¡oh, tristeza! ¡oh, el peor de los celos!) y que, ¡siendo objeto de placer, siempre reside en

ellas en el deseo! Ahora bien, sufro infinitamente con sus traiciones y me gustaría odiarla.

Sin embargo ¿me era más preciosa morena y fiel que rubia e inconstante?

¡Ah! ¡qué amargas son las lágrimas de las esperas nocturnas y cómo se turba y aflige el corazón cuando se oyen las ruedas de un coche que se espera, acercarse a la casa y que se diría que se detiene, para finalmente pasar de largo; ¡pero cómo se estremecen de alegría las manos y los labios en el incendio de sus cabellos rojizos! y, traidora o no, no sé lo que digo, soy el más feliz de los vivos, ¡pues ella, siendo rubia, no se puede equivocar!

## VII

## LA QUE PIDE PRESTADO

Hacia medianoche, en la penumbra, con la puerta entreabierta entre los dos apartamentos, – pues ellas son muy pudorosas y al estar en camisa, era únicamente mediante un poco de caluroso perfume por lo que se revelaba a cada una la desnudez casi completa de la otra, – las dos vecinas se hablaban en voz baja; ¡oh, bonito gorjeo en el silencio de la casa dormida!

–¿Escuchas, querida?

–¿Sí, qué quieres?

–Se amable, pues no sé lo que he hecho de mi borla de maquillaje, préstame la tuya.

–¡Eh! ¿y que harás a semejante hora?

–¡Curiosa! préstamela.

–Toma, aquí la tienes. Buenas noches.

–¡Espera! Nunca me vi tan apurada como esta noche. Figúrate que he extraviado el peine de concha con dientes de oro que utilizo para rizar mis cabellos ante el espejo del saloncito. ¿Me prestas tu peine de concha?

–¡Bueno! ¿De qué te serviría si vas a dormir?

–¡Dios mío! ¡qué mal escuchas las cosas! préstamelo, querido.

–Toma pues, y que duermas en paz.

–¡Espera todavía! ¡Qué prisa tienes en meterte en la cama! Todas las desgracias me suceden juntas. No puedo encontrar la llave del armario donde Roseta cuelga mis camisones. ¡Ten la amabilidad de prestarme uno de tus camisones, aquél de gasa negra tan ligero y tan transparente que, puesto encima con la camisa abierta, una parece una paloma sin plumas en una jaula de aire crepuscular, ¡préstamelo, querida!

–¿Qué necesidad puedes tener, a hora tan intempestiva, de una prenda tan diáfana?

–Ya te lo contaré mañana. ¿Cómo? ¿Vacilas?

–Es que debo confesarte que ese camisón precisamente está un poco arrugado...

–¡Mejor! me habrás ahorrado una buena parte del esfuerzo que tendría que hacer para simular una resistencia decente.

–¡Tómalo, pues! Pero confiesa que te muestras excesivamente exigente. ¡Mi borla de polvos de arroz, mi peine de concha, mi camisón de gasa! no podrías ser más



indiscreta. Dado que estás de ánimo para pedirme tantas cosas, ¿por qué no me pides prestado también a mi enamorado favorito?

—¡Tonta!

—¿Eh?

—¡Tonta!

—¿Qué dices?

—¡Digo que eres tonta, querida mía! ¡Deberías pensar que te lo habría pedido prestado si no lo hubiese ya tomado!

Tras esas palabras, la puerta se cerró entre dos carcajadas. Pues ambas carecen completamente de celos y no son proclives a las disputas. Para más abundar, la prestamista no hubiese podido negar que esa noche precisamente, había olvidado poner de patitas en la calle al amante favorito de su amiga. ¡Ah! ¡qué bonitos intercambios! es muy natural entre vecinas hacerse favores durante la noche.

## VIII

## AVARICIA

Una vez, siendo joven, casi un niño, paseándome por el césped vi, caída de una haya, una flor tan bonita como nunca había visto nada tan encantador; lo recogí de inmediato; era una adorable gavanza. Pasando por allí una dama, no muy bella, me dijo: «Dame esa flor, te lo ruego.» Desde luego, con ese trozo de primavera encontrado, me gustaría hacer un regalo a la muchacha tan rubia y sonrosada con la que yo había jugado la víspera a inocentes juegos, y a la que amaba con todo mi corazón. Sin embargo, respondí: «Puesto que vos queréis esta flor, aquí la tenéis, Señora.»

Una vez, siendo menos joven, pobre y triste, paseándome por las calles nocturnas de París, observé cerca del arroyo, una moneda de oro que brillaba, caída de algún bolsillo. ¡Hacía mucho tiempo que no había visto una moneda de oro! La recogí de inmediato; era una guinea que tenía mucho valor. Pasando par allí una muchacha bastante fea, me dijo: «Dame esa moneda de oro, te lo ruego.» Desde luego, con ese tesoro encontrado, habría podido regalarme una buena comida que me hubiese sido muy necesaria o comprar los versos, bien impresos, de algún excelente poeta. Sin embargo, respondí: «Puesto que vos queréis esta flor, aquí la tenéis, Señora.»

En otra ocasión, – joven o viejo, rico o pobre, ¡no lo sé! – paseándome por la orilla del mar en una noche completamente luminosa de astro, vi en la arena, caída del cielo, una estrella; por desgracia era poco brillante, pero procedía de tan alto!; la recogí de inmediato. Pasando por allí la más radiante de las princesas, –¡ah! ¡como deslumbraba en las tinieblas la realeza de sus cabellos trenzados en corona! ¡cómo habría adorado a esa Alteza! ¡con qué fervor hubiese besado el polvo donde se había posado su botín! – y me dijo por capricho: «Dame esa estrellita, te lo ruego.» Desde luego, no podía hacer ningún uso con esa celestial fulgor aquí. ¡No tienen valor en la tierra las cosas del cielo! sin embargo no respondía a la princesa y guardé la estrella.

IX

EL PAJARILLO, LA PERLA Y LA ROSA

El pajarillo dijo:

–¡Por desgracia no estoy perfumado!

La perla dijo:

–¡Por desgracia no canto!

–Lo que realmente es cruel, dijo la rosa, es que yo no tengo ni la voz del pájaro ni el brillo pálido de la perla.

Yo pasaba por allí y los escuché, no pudiendo impedir compartir la melancolía de la rosa, de la perla y del pajarillo.

Decidí consolarlos.

–Hay que buscar una razón, les dije. No se podría tener todo. Es muy envidiable ya, pajarillo, maravillar mediante trinos los silencios nocturnos; perla, ser clara y lechosa como una lágrima caída de los ojos lejanos de la luna; rosa, ser tan perfumada como la boca de las mujeres jóvenes a la hora en la que el beso obliga al esparcimiento.

Hablando al unísono, la rosa, la perla y el pajarillo me respondieron:

–Ayer aún habríamos sido de tu opinión. ¡El perfume, el resplandor, el canto eran y nos parecían funciones que con sólo una de ellas bastaría para orgullo de cualquier cosa creada, fuese la que fuese! Pero he aquí que aconteció una extraña aventura: no lejos de nosotros, una joven mujer pasó...

–Que cantaba mejor que yo, dijo el pajarillo.

–Más luminosa que yo, dijo la perla.

–Más perfumada que yo, dijo la rosa.

Y los tres, lamentándose, añadieron:

–De modo que nuestra derrota es todo lo amarga que pueda serlo; nos vimos obligados a admirar y amar, agrupados en una sola persona, los tres encantos de los que uno solo se nos ha concedido a nosotros.

Yo medité y dije:

–Ya veo lo que ha debido pasar. Marion ha venido por aquí. Pero tratad de olvidar ese minuto aciago y abandonad vuestras tristezas. Yo soy su amigo y conseguiré de ella que no se pasee más por vuestra vecindad; y nunca más tendréis que soportar tal humillación, puesto que de todas las criaturas vivientes, ¡Marion es la única que a la vez es perfume, canto y luz!

## X

## ENFADO DERROTADO

Marión había jurado no reír. Estaba enfurruñada, muy desagradable. Se le dijese lo que se le dijese, estaba completamente decidida a mantener su seriedad. ¡Oh!, desde luego no reiría.

Para hacer florecer sobre sus labios alicaídos, – tan bonitos aunque en rictus de enfado,– la alegre rosa de la risa, no vacilé en contarle los temas de los más recientes y divertidos vodeviles. Me costaba rebajarme a tales medios. No importaba, le contaba el vodevil con elocuencia.

Ella permanecía muy seria con un encogimiento de hombros.

Entonces le hablé del último Forain y del último Willette, no sin insinuaciones escabrosas sobre el significado de las enigmáticas leyendas. Esperaba verla reírse, divertida y contenta; pues ella es proclive a manifestar su alegría adivinando lo que se debe fingir para no dar a entender.

Pero permaneció más taciturna y obstinada.

En mi insistencia, le conté un diálogo de Regnard, una poesía de Banville, le recordé un cuento de Armand Silvestre; incluso llegué a obligarla a recordar una juguetona aventura de Titania abanicando con un abanico de rosas almizcladas las orejas peludas de un amante con cabeza de asno.

Con desdén se volvió, siempre melancólica.

¡Usaba medios excesivos! Le afirmé que había visto, antes, en el bulevar, a un jorobada resbalar sobre el lodo ante la enorme rueda de un despiadado ómnibus; y la joroba era tan dura que la rueda se rompió al pasar por encima. No le oculté que, la pasada noche, en el estreno del teatro Cluny, su mejor amiga había tenido un aspecto absolutamente ridículo bajo un sombrero donde destacaban dos pájaros del paraíso; lo que añadía a lo cómico de la situación, era que la pluma de uno de los pájaros – cada vez que la espectadora, sentada en la segunda fila de los balcones, se inclinaba hacia escena – cosquilleaba en la calvicie de un caballero muy ocupado leyendo, en un folleto hábilmente ofrecido por la acomodadora, el texto de la Revista-

Ella no se reía, no, no se reía en absoluto.

¿Cómo? ¿sería lo bastante firme en su enfado para resistir a las más extravagantes anécdotas, para mostrar ante todas las bromas posibles un rostro impasible?

Yo pensaba... y por fin exclamé:

–A propósito, querida, ¿tú sabes que no te amo!

A estas palabras, la más loca de las risas sacudió sus cabellos, su blusa, la falda, e incluso pensé que en el exceso de su buen humor, agarrándose las costillas y no pudiendo más, se iba a caer sobre la alfombra si no la hubiese recogido en mis brazos, aspirando el aliento de su boca y besando sobre sus queridos labios la alegría resucitada.

## XI

## EL ÚLTIMO SILFO

En la cama de mi querida, una noche que yo no dormía allí – ¡eh! ¡qué indicación temporal tan poco clara! pues dormir en esa adorable cama, lo que se dice dormir, nunca me sucede,– se vio mi espíritu transportado (mi querida, un poco cansada, tenía los ojos cerrados), hacia el bosque de Broceliande y las islas de Avalon. Pensar en el país que habitaron las hadas, o en las mismas pequeñas hadas que bailan en corrillo sobre los céspedes de los linderos, a la luz de la luna o a la rojiza luz del alba, me resulta un sueño recurrente. Soy, entre los hombres, uno de los últimos que se preocupan por Oriana, Viviana y por la misericordiosas Abunda! Mi almohada no ignora cuanto me gusta contar en las noches de insomnio las hermosas historias en las que las Buenas-Damas vienen en ayuda de las princesas cautivas en crueles torreones, donde los jinetes, seductores flores, están prisioneras de lianas vivas: y si logran evadirse, yo los compadezco. Ahora bien, esa noche yo pensaba en vosotras, Holda, Urganda, Urgele, Melusina, con una emoción muy particular, más tierna que de costumbre; tal vez era porque mi muy querida, antes de estar cansada y para merecer estarlo, me había engañado como nunca antes lo había hecho, con encantamientos y perfumes mágicos. Con los párpados a medio cerrar, yo os veía entre el quimérico decorado que creaba la aproximación incompleta de las pestañas, – hermosas como lo fuisteis, como lo sois, dejando arrastrar vuestros vestidos por las flores; incluso podía distinguir a vuestro alrededor la lenta danza y el estremecimiento semejante a una bufanda formada por mil revoloteantes pequeños silfos que golpeaban el claro de luna en ligeros golpes de alas transparentes; se hubiese dicho un aire rosa dentro de un aire azul. Entonces, en un instante despertado del sueño, me invadió una amarga tristeza. Desde luego sabía que las exquisitas hadas no han dejado de existir – a pesar del ferrocarril que atraviesa el Bosque cerca de Atenas: algunas veces las he encontrado, tanto ésta, como aquella, tanto vestidas de diamantes y aurora como de harapos que se pronto se transforman en reales trajes deslumbrantes de oro y pedrerías. Si no fuese el más discreto de los amantes, podría decir que dos o tres veces me fue concedido retrasarme en el misterioso fondo de las grutas en compañía de Morgana que posee unos cabellos un poco rojos porque a menudo tiene la fantasía de teñirlos con el rocío de rosas rojas, o de Alcina que tiene los ojos verdes porque es prima de una sirena. Pero debo confesar que nunca había encontrado silfos, en la vida real al menos; no, nunca, en ningún lugar, en ninguna

circunstancia, ni en los senderos estrellados de luciérnagas, ni en las fiestas a las que fui convidado por la confianza de gnomos y otros duendes. Me entristecía y decía: «¿Es que ya no existen los silfos? ¿no duermen ya en las rosas, sus más queridas alcobas? ¿La noche ha dejado de poblarse por sus furtivos estremecimientos, apenas posados sobre los follajes o las cabelleras como presentimientos de vagos besos? ¿Quién entonces, habiendo desaparecido ellos, golpea a media noche con una punta emplumada, el cristal de las muchachitas enamoradas? » Y me entristecía cada vez más, cuando una voz excesivamente débil y dulce, tan débil y tan dulce que se podría haber tomado por el misterioso canto del aliento de tus labios dormidos, ¡oh, querida mía!, me respondió en la mortecina claridad de la alcoba: «¡Ah! ¡puedes llorar por nosotros, en efecto, poeta lleno de ternura por las gracias difuntas! pues ahora existimos tan poco que se podría decir que no existimos ya del todo. Antaño más numerosos que los perfumes fecundadores transportados por el viento de palmera en palmera, de melocotonero en melocotonero; presentes antes en un tumulto de diáfanas mariposas en las fiestas que se celebraban en los senderos y los claros por el himeneo de las gavanzas, los silfos han desaparecido para no regresar, derribados, espantados, destrozados, ¡a causa de las violentas máquinas que atraviesan con silbidos y humaredas el silencio y la bruma de los bosques! La ciencia, asesina de sueños, ha matado a los silfos, sueños también: y, de todos mis hermanos yo soy el único que queda, dispuesto a morir y anhelando la muerte ». Yo escuchaba, pero ya no veía. «¡Oh, último de los silfos, dije, ¿estás tan próximo al desfallecimiento que ya posees la invisibilidad de las almas inmateriales?» Él replicó: «Todavía se me puede discernir.» En efecto, esforzando la vista no tardé en distinguir, revoloteando y zumbando sobre el sueño de mi querida, un mosquito! Sí, ¡un mosquito! He aquí en lo que se había convertido, a saber tras cuantas travesías, el superviviente de todos los silfos. De las alas que tuvo a las que tenía, ¡qué decadencia! Mi primer pensamiento fue atraparlo y aplastarlo entre dos uñas, pues, ¿el muy cruel no iba a picar la pálida carne rosada de un seno que, debido a su camisa deslizada y los brazos abiertos, mi amiga dormida ofrecía inocentemente al próximo despertar de mi deseo? Él adivinó mi intención. «¡Oh! gracias, puesto que mi última hora está próxima, y ya destronado de las antiguas glorias y bonitos vuelos sobre las rosas matinales, deseo el dulce tránsito al otro lado que una oscura vida de insecto de alas grises; ¡pero al menos dejadme morir con la muerte que prefiera, y permitidme elegir mi tumba!» ¿Qué querría decir con eso? Yo lo observaba, asombrado y conmovido, sin embargo un tanto inquieto. El continuaba revoloteando, – apenas con un zumbido– sobre el querido cuerpo de la joven mujer adormilada: amenazaba sus ojos, se aproximaba a sus labios, a punto estuvo de posarse sobre una de las puntas floridas del pecho oscilante. ¡Si se hubiese posado allí, lo habría matado sin piedad en mi furioso ataque de celos!, pero continuaba en el aire, dudando; y yo lo vigilaba. De pronto, – como en una elección definitiva, – se precipitó bajo el hombro de mi amiga hacia el misterio frondoso de los rizos pelirrojos de la axila, que se retorcían. Tal vez picada, pero sin despertarse, mi muy querida tendió su brazo a lo largo de su busto: y el bichejo había quedado aplastado en la olorosa prisión. ¡Desde luego yo hice un movimiento provocado por la cólera! pero me invadió la piedad y no tuve el valor de guardar rencor al último de los silfos, nostálgico de los cálices, que había querido morir – al día siguiente encontré su cadáver entre las gasas – en la más perfumada de las rosas rubias.

## XII

## Y MAS CAMBIO

Golpeé en la puerta de la más amada de las mujeres, que me amó durante mucho tiempo. De abril a abril. Meritoria longevidad de ternuras.

–¿Quién está ahí? – preguntó ella.

–Yo, el que te adora y al que no te dignas a preferir.

–¡Oh! señor, no es de un hombre cortés venir a molestar a las personas en el momento en el que se van a meter en la cama; le ruego que siga su camino.

No insistí y me alejé.

No estaba enojado pero si triste. Sabiendo que a las mujeres les gustan los cambios, yo disculpaba su hastío por un muy antiguo amante.

Sin embargo volví sobre mis pasos y golpeé a la puerta de la joven tan amada que ya no me amaba, prendada sin duda de alguna nueva dicha.

–¿Quién está ahí? – preguntó ella –¿Es usted aún?

–No, es otro. Otro, te lo aseguro. Alguien que se muere de cariño a causa del recuerdo de haber visto tu pequeño pie levantar el borde de tu falda. Alguien al que no conoces del todo.

Ella no respondió al principio. Sin duda vacilaba.

–¿Otro? – dijo finalmente.

Pero añadió:

–Es algo muy inconveniente venir a molestar de este modo a las personas cuando el sueño va a cerrar sus párpados. Señor, se lo ruego, siga su camino.

Entonces le pregunté:

–¡Eh! ¿Acaso para ser recibido por ti, no basta, infiel, ser diferente de aquél al que recibías antes; en una palabra ser «otro»?

Yo oí, tras la puerta, acudir hacia mí una melancólica risa.

– Por desgracia, debe usted saber – dijo ella – que para tener alguna oportunidad de complacer la lasitud final de las enamoradas demasiado sutiles, a las que decepciona hasta el enojo la sola idea de una semejanza a un beso recomenzado, no basta ser otro distinto con el que ellas se hastiaron de haber amado, sino que incluso hay que ser diferente de otro.



## XIII

## LAS SOLITARIAS

Érase una vez dos pequeñísimas hadas que se amaban con toda la ternura que uno se pueda imaginar. Una, no más alta que las briznas de hierba del prado, tenía por nombre Muguette; la otra, que tenía que incorporarse sobre la punta de sus pies para mirar por encima de un fresar de los bosques, se llamaba Liseron. Nada más imposible que encontrar a Muguette sin Liseron, si no era encontrar a Liseron sin Muguette, de tanto placer que encontraban viviendo en compañía. Se las veía juntas por todas partes: en el lindero del bosque de Broceliande, cuando las rondas matinales de las Buenas Damas rozan las ramas de donde gotea en prismáticas lágrimas el rocío; en el claro del bosque cerca de Atenas, entre los juegos de los silfos que suben y bajan, como los deshollinadores en una chimenea, en las orejas de Bottom: a orillas del lejano mar, donde se embarcan en navíos hecho de una cáscara de nuez o de un caparazón de escarabajo, para las islas de Avalon. Y cuantas veces las jóvenes pastores, que llevaban al atardecer los rebaños hacia el establo, o los jinetes acorazadas de planta que están afanados, a través de las soledades, en la búsqueda de princesas encantadas, escucharon subir de detrás del follaje un ruidillo tan vago y ligero que decían: «Dos pétalos de rosa, sin duda, se rozan cayendo en el césped; » pero era el ruido de los besos que daba Liseron a Muguette, Muguette a Liseron, pues ambas amigas se besaban en la boca.

Lejos de mi el pensamiento de aprobar, – por fragantes y rosados que fuesen sus labios, – una familiaridad tan contraria a las conveniencias. Creo, de acuerdo con la mayoría de los moralistas, que las femineidades, incluso muy misericordiosas e inclinadas a los fáciles abandonos, no deben conceder las delicias de las que ellas disponen, más que a viriles vencedores; esas dos hadas se habían equivocado al no reservarse para los merodeadores silfos y los robines de los bosques, que son muy apuestos pese a su corta talla; pero que se la va a hacer! los silfos y también los duendes, en esa época, estaban muy ocupados en cortejar a las hijas de los hombres; no se les veía casi nunca mezclarse en las danzas matinales o nocturnas sobre los linderos de los bosques. Ahora bien, os pregunto, – responded, estremecidos enamorados! que abrazáis con desenfreno las desnudeces languidecientes! – el culpable empleo de las dos adorables bocas ¿no es más digno de perdón que la inutilidad de su deplorable desempleo? En fin, ¿Qué os diría yo? los hechos son los hechos, nadie podría cambiar en absoluto las cosas como vienen dadas: justificables o no, las dos encantadoras

haditas daban un mal ejemplo. ¡Pero qué bien lo daban! con qué placer, nunca desganado, siempre renovado! No dejarías de conmoveros, – aún reservándoos el juicio de vuestra conciencia indignada, – si las hubieseis podido ver, con sus bracitos sobre alguna hoja de plátano, abrazar sus cuerpecitos en la confusión apasionada de sus cabellos no más largos que el dorado plumón de los jilgueros salvajes; según la expresión de un heroico poeta, sería ¡la felicidad en el crimen!

Pero las providencias no autorizan la ininterrupción de los reprobables éxtasis; Liseron y Muguette eran demasiado felices para serlo siempre. Sabed pues la aventura que las separó.

Una noche en la que buscaban un cobijo, –caliz de flor, un hueco en un abedul, o un bonito nido de musgo, – para su exquisito pecado, se encontraron en presencia de una flor de lis que era la más blanca de todas, y de una rosa, blanca también, que era la más admirable de las rosas, aunque un poco ajada por el rozamiento demasiado insistente de las apasionadas mariposas. «¡Ah! ¡que bonita flor de lis!» dijo Muguette. Liseron dijo: «¡Ah! ¡qué hermosa rosa!». Muguette dijo: «Dormiremos en la flor de lis.». Liseron dijo: «No, no, lo haremos en la rosa». Y comenzaron a discutir, una defendiendo la rosa y la otra la flor de lis. ¡Qué locas eran! ¡que importa la cama si existe la certeza de no dormir en ella! y, por experiencia, ellas sabían perfectamente que fuese cual fuese el lecho en el que se acostasen, no pegarían ojo, sino sus labios entreabiertos. Pero, al igual que las mujeres, las hadas son de un temperamento nervioso que no siempre pueden dominar. «¡En la rosa!–¡En la flor de lis!» Daban patadas, crispaban sus puños, mostraban toda la cólera de la que pueden estar invadidas dos pequeñas criaturas que una margarita aplastaría cayéndoles encima. Aunque la aventura tuvo un desenlace muy enojoso. «¡Yo me acostaré sola en la flor de lis!», dijo Muguette; y Liseron dijo: «¡Yo me acostaré sola en la rosa!». Luego, sin perder un instante subieron a lo largo de los taños, – como dos niños se suben al palo donde está suspendida una piñata – cada una hacia uno de los cálices, y desaparecieron, Liseron en la rosa y Muguette en la flor de lis, atrayendo hacia ellas, al igual que se cierra una puerta o se pasan las cortinas, los pétalos de la alcoba elegida.

Seguro que estaréis sonriendo, diciéndoos: «¡Bueno! ese capricho no fue duradero; pronto se volvieron a renunciar.» ¡En eso os equivocáis! Obstinadas en su terquedad, no renunciaban a los amargos enfurruñamientos; ¡esa noche las dos esposas hicieron flor aparte!

Estoy dispuesto a creer que al principio se aburrían solas, que más de una vez tuvieron ganas de reconocer sus errores o de intercambiar disculpas. ¡Pero tenían el alma orgullosa, aún cuando tuviesen el corazón tierno! e, inquebrantablemente, – apenas exagero, – cada una de ellas se mantuvo en la soledad de su morada. En un cobijo no se podría hacer otra cosa que soñar; incluso las propias hadas deben obediencia a los poetas. Por supuesto que soñaron. ¿Qué sueño las invadió en el balanceo, consejero de languideces, de la olorosa hamaca? ¿Pudieron impedir, – a pesar de los enfados, – pensar la una en la otra? ¿Encontraron en las quimeras del sueño a medias, la dulzura de los besos que antes oían los pastorcillos que bajaban de los montes y los caballeros en búsqueda de princesas encantadas; o bien, justificándose en la desavenencia, para atreverse hasta la infidelidad, imaginaron – habiendo llevado durante tanto tiempo una vida tan indecorosa y habiendo adquirido el encanto perverso de lo nuevo y lo prohibido – las caricias de algún brutal silfo, antaño rechazado? La brisa trataría en vano de negar que esa noche, siempre ocupada en seguir en el aire y en besar al paso el velo que la novicia de un monasterio próximo acababa de arrojar por encima de los molinos y campanarios, olvidó mecer las ramas, las floraciones y las hierbas; y, sin embargo la flor de lis donde se cobijaba Muchette y la rosa donde se guarecía Liseron fueron

sacudidas durante todas las horas nocturnas, en una oscilación casi turbulenta; ¡se hizo pues inevitable creer que ese movimiento provenía de una agitación interna! y no se podría negar que antes de la mañana, en el gris claro todavía no rojizo del alba que no quiere nacer, cuando descendieron al césped, revelaban en sus lentos movimientos una deliciosa fatiga de enamorada finalmente muerta que no consiente en vivir más que para esperar la hora de volver a morir aún; el ojo de la última estrella que iba a cerrarse en el desvanecimiento de las tinieblas, vio sus ojos desfallecientes, pequeñas estrellas también, ojerosos de oscuras languideces. Ellas parecían deliciosamente cansadas, no habiendo ninguna razón decente que justificara esa lasitud; incluso un observador habría podido advertir que Muguette queriendo coger una fresa, y Liseron queriendo coger una avellana, daban muestra de una torpeza en sus dedos que dejaron caer la avellana y la fresa, siendo un síntoma de misteriosas fatigas.

Se vieron – ¡fingieron no verse en absoluto! se reconocieron, – ¡fingieron no reconocerse! ¿Lamentablemente una sola noche desierta había bastado para convencerlas de que la soledad tiene encantos y sortilegios que ni el más apasionado himeneo, real e incluso culpable, no podría igualar sus éxtasis? ¿Habían llegado a comprender tan rápido, –¡ah! ¡las desdichadas, felices sin embargo! – que toda realización, por perfectamente deliciosa que sea, no puede ser más que el después melancólico del divino deseo, y que ninguna alegría no existe más que a condición de no existir?

Los investigadores un poco sensatos saben bien que la nada es el único jardín donde florece la milagrosa flor de la total satisfacción; y «Nada» tal es el verdadero nombre del paraíso terrestre.

A partir de ese momento Muguette y Liseron se evitaron; ellas que se habían buscado y encontrado tan ardientemente; no solamente ya no se testimoniaban cariño sino que ni siquiera se mostraban enfadadas; por las tardes pasaban una cerca de la otra con una indiferencia absolutamente sincera, Muguette para subir a su flor de lis y Liseron para subir a su rosa...

¡Ah! jóvenes de este siglo, vosotros me haréis justicia por no aconsejaros, al principio de este relato de tan siniestro desenlace, seguir el ejemplo de las dos haditas enamoradas que se reunían detrás de las matas para intercambiar besos cuyo ruido imitaba al de dos pétalos que se rozan; censurando a las culpables enamoradas del bosque de Broceliande o del bosque cercano a Atenas, ¡he querido apartaros del mal camino! Pero, sabedlo, el mismo crimen del que os trato de alejar sería menos espantoso que aquel en el que Muguette y Liseron se dejaron por haber discutido una tarde. Sea cual sea la propensión de las señoritas y las señoras en desear seguir el ejemplo de las reinas o las hadas, tened cuidado de no seguir el de las solitarias perezosas. Amad a pleno corazón, oh vírgenes, a vuestros novios; amad a bocas llenas, a plenos brazos, oh jóvenes esposas, a vuestros maridos, a vuestros amantes: resignaos incluso, si es necesario, si alguna abominable pendiente os inclina hacia abajo, a levantaros del diván donde os obliga a permanecer la insistencia de una detestable amiga; ¡pero en ningún caso consintáis la soledad infernal y paradisiaca de las quimeras! Que jamás, oh vírgenes, vuestras castas camas no se parezcan a la pálida flor de lis donde se encierra Muguette; que nunca, oh esposas, oh amantes, vuestras camas menos ingenuas no tengan la menor relación con la rosa un poco ajada donde Liseron se encierra. ¡No seáis las hermanas de estas espantosas haditas! No queráis vuestros labios en los vivos labios! ¡No os reservéis a las ausencias! pues el pecado que se comete no tiene excusa más que en la dicha que se le da. Y si seguís el avaro y celoso ejemplo de Muguette en su flor y de Liseron en la suya, seréis maldecidas por todos los amantes dignos de ese nombre, sí, maldecidas, ¡maldecidas y condenadas!... a menos que permitáis a la curiosidad

ferviente de algún discreto cómplice, que tomará para él toda la condena, apartar, no demasiado próxima a la hora más misteriosa, las cortinas blancas, jóvenes muchachas, el lis de la alcoba, o los pétalos, jóvenes mujeres, de vuestro lecho abierto como una rosa blanca.

## XIV

## EL LUIS DE ORO, LA JOYA Y LA ESTRELLA

Entre dos adoquines, en la sucia calle embarrada, algo claro brillaba en esa noche de diciembre.

Mal vestido, con los cabellos sórdidos bajo un sombrero gastado, pasaba un viejo hombrecillo, muy repelente y muy amable, obligando a sus arrugas a sonreír, con aspecto de ser un usurero feroz y benigno.

Advirtió la cosa brillante.

–Se podría creer – dijo – que se trata de un luís de oro.

¡Pero ese transeúnte no era de esas personas a las que engañan las apariencias! Se bajó por curiosidad para recoger lo que brillaba. ¿Un luís de oro? en absoluto; era el fulgor de un guijarro donde se había reflejado el haz luminoso de una farola de gas. El hombre con aspecto de usurero continuó su camino, un poco decepcionado por no haber encontrado dinero, muy orgulloso de no haber sido engañado.

Llegó una hermosa muchacha que, durante horas, en un reservado de un restaurante, donde se finge beber y reír, se había mostrado tan loca que se la hubiese tomado por la faunesa de una plantación de viñedos el último día de las vendimias. En realidad, era apacible y tranquila como una fría piedra donde se pega el hielo fundido.

Advirtió la cosa brillante.

–Se podría creer – dijo – que se trata de alguna joya preciosa, caída ahí por casualidad.

Pero esta transeúnte no era de las que se dejan deslumbrar por falsos fulgores. Con un gesto de escepticismo se inclinó para recoger el objeto luminoso en el lodo. ¿Una piedra fina? de ningún modo; un reflejo en un guijarro, donde se había proyectado el haz de luz de una farola de gas. La hermosa muchacha, que no se embriagaba nunca, continuó su camino un tanto descontenta por no haber encontrado un pendiente o una sortija, pero muy satisfecha de no haberse confundido.

Envidioso del usurero y enamorado de la muchacha, un poeta se atrevió a merodear por esa calle. Era un niño, muy ridículo, con largos cabellos y unos ojos que miran por encima de todos los muros hacia los horizontes, ¡más allá de los horizontes! Le habría complacido mucho tener en su bolsillo un fajo de billetes como los que poseen los prestamistas, – porque teniendo mucho dinero, se podrían dar propinas de brazaletes y collares deslumbrantes a las floristerillas de los cafés: y deseaba a la

hermosa muchacha, embriagada o no, porque tenía los labios rojos como una rosa. Pero lo que le gustaba por encima de todo era el pequeño fulgor de un astro, durante la noche, en el borde de una nube asemejándose a una perla en el último volante de un vestido de gasa.

Entre los adoquines percibió la cosa brillante.

–¡Ah! – exclamó– desde luego es una estrella que ha caído desde la Vía Láctea a la calle, y que en su caída se han eternizado las claridades del cielo y las reminiscencias floridas de los jardines paradisíacos.

Pues él era uno de esos mortales desprovistos de sentido común, prestos a maravillarse enseguida, siempre dispuesto a creer en todo lo que brilla. Lleno de certeza, se agachó para recoger el fulgor. ¿Una estrella? Sí, una estrella. Desde el momento que la tuvo en la mano, el brillo del guijarro donde se había reflejado el haz luminoso de una farola de gas, fue una estrella en efecto, puesto que él había creído que era una. Y los rayos que eran como los pétalos de un astro en flor, los hizo engastar en joyas por un hábil joyero a fin de ofrecer bellos presentes a la única que amaba; reservándose, – uno siempre es egoísta, aunque sea un poco, – la menor parte, casi nada, de la sideral luz para obtener de ella, en su frente, un poco de gloria que se vería en un futuro todavía lejano.

## XV

## LA ANÓNIMA

Quisiera, mi preciosa amiga, olvidar tu nombre. En efecto olvido ese nombre que fue dado a otras personas por unas tontas madrinas; ya no recuerdo las sílabas que te designan; y me las ingeniaré, pues es necesario que tengas un nombre, en elegirte uno que se parezca al oro de tus cabellos, querida mía, o al rojo de tus labios, alma mía, o al azul de tus ojos, adorada mía. Déjame pensar. ¡Estas cosas son tan importantes! Conviene aplicar en ellas toda la atención de la que se es capaz. Veamos, ¿cómo te llamarás? ¡Puesto que el rojizo esplendor de los siegas corona tu pálida frente, pienso que no habría nada discordante en llamarte Espiga o Maíz! Pero considerando bien el asunto, tú eres más deliciosamente rubia que los maíces y las espigas; debo elegir mejor. Diría que eres una rosa roja, parecida a una brasa encendida. ¡Ah! que tu boca está más abierta y es más rutilante que la flamante púrpura abierta de las rosas. Cuando te retrasas en una cita, no habría nada más natural en pensar: « ¿Por qué no se eleva aún la estrella de oro bañada de azul? » Pero sé bien que tus miradas son más celestiales que el propio cielo; sería envilecer tus pupilas ver en ellas a los más bellos astros. ¡Ah! ¡qué grande es mi compromiso! no sé bajo que palabra me referiré en mis odas inmortales a aquella que me hechiza. Pues bien, dado que tú eras más exquisita o más admirable que todo lo que es de oro, de púrpura y de azul, dado que las cosas más hermosas no se te parecen más que por ser humilladas por no parecerse lo suficiente, renunciaré a designarte mediante reminiscencias de incompletas similitudes; y, para que lleves un nombre auténticamente digno de tu perfección, un nombre tan incomparable como tus cabellos, querida mía, como tu boca, alma mía, como tus ojos, adorada mía, te llamaré simplemente: « ¡tú! »

## XVI

## SINGULARES EFECTOS DEL BESO

Durmiendo, una reía; la otra lloraba durmiendo. Ambas hermanas dormían en sus literas de muchachitas, una llorando y la otra riendo. La luz de la lamparilla, tamizada por las alas de los ángeles de la guarda, arrojaba sobre sus infantiles sueños una fina gasa de paraíso azul.

¿Por qué reía la mayor?

Porque, soñando, volvía a ver a un apuesto joven desconocido que había recogido, por la mañana, en el paseo, el pañuelo que ella había dejado caer sin hacerlo adrede, ¡oh! desde luego, sin hacerlo a propósito.

¿Por qué lloraba la menor?

Porque, soñando, volvía a ver a un joven caballero atrevido que, sin temor a despertar comentarios, el otro día, después de las vísperas, la había seguido por las calles hasta el domicilio familiar.

Ahora bien, los ángeles de la guarda de las hermanas dormidas se sintieron muy perplejos en su benignidad; uno a causa de la risa y el otro a causa de las lágrimas. Lo que ellos hubiesen querido era que durmiesen apaciblemente en sus camas virginales; y para calmarlas concibieron la misma idea. Se inclinaron hacia las niñas que les fueron confiadas y las besaron en la boca; éste con los labios, en sueños, del joven que había recogido el pañuelo, aquél con los labios, en sueños, del atrevido caballero que sigue a las señoritas después de las vísperas. Pero esta condescendencia no puso fin a la alteración de las muchachas. Solamente se produjo un cambio. La risueña lloró; lo llorosa se echó a reír. Pues nunca se debe contar con el beso para apaciguar los corazones de las vírgenes; y, si bien hace eclosionar la rosa de la alegría en la boca de aquellas que lo esperan llorando, es la mariposa negra de las melancolías lo que se posa en los labios de las que ríen esperándolo.



## XVII

## LA DULCE Y CRUEL LIMOSNA

¡Qué fea era la pequeña mendiga! y realmente resultaba bastante injusto que fuese fea hasta ese punto. Pues al no disponer de las bonitas prendas de las ricas señoritas, ni de los bailes, ni de los paseos por el Bosque en el coche de madres embajadoras o esposas de banqueros enriquecidos por ilustres quiebras, ¿no sería justo que al menos le fuese concedida la compensación de ser bonita? Bonita; poco se preocupaba de ese inútil sobreañadido; dado que podría tener por amante algún robusto muchacho, pobre como ella, mendigo como ella, ¡qué importa! sin duda indecente, un delincuente, un ladrón, con las manos ensangrentadas a veces, ¡eso daba igual! Lo que realmente valía la pena vivir era ser amada por no importa quién; la opulencia, la gloria, la probidad, la inocencia también, todo eso está entre los labios de dos seres que se besan apasionadamente en la boca. Pero era fea. Una rojez sucia se apagaba en sus ojos legañosos, bajo las desteñidas mechas cortas que colgaban semejantes a cabellos de ahogada; su boca, donde los dientes desiguales estaban amarillentos, ofrecía unos labios pálidos al amor que nadie quiere; y, flacucha en sus harapos agujereados, mostraba una piel rugosa y rojiza que obligaría al más dispuesto acosador de chiquillas a aconsejarle que se tapara. ¿Cómo? ¿fea a los quince años? Nada tan inconcebible ni nada tan amargo. Por desgracia, abril sin perfumes, mayo sin rayos de sol, o la adolescencia sin gracia, es la peor de las melancolías. De todos mis penosos recuerdos, el más horrendo es el de haber visto una mañana de primavera, una muy pequeña y raquíca gavanza en la punta de una ramita negra; no era ni rosa ni blanca, casi gris, es decir fea, – ¡una gavanza fea! – y que tenía por remate atroz de algún misterioso rencor, una sucia gota de lodo salpicada al paso de una carreta.

Ahora bien, completamente digna de inspirar piedad, esa especie de clemencia por el asco, la pequeña mendiga se encontraba una tarde del pasado verano en un sendero del bosque de Meudon. Sin pensar, por costumbre, y balbuceando no sé que palabras, tendía la mano hacia los escasos paseantes. Unos ni siquiera la veían; eran decentes burgueses, con sus esposas y sus hijos, – probablemente personas ricas. Otros le daban centavos, tomándola por ciega a causa de sus apagados ojos; eran pobres diablos que disponían, antes de partir, de algunos francos para su expansión por el campo. No tener casi nada aconseja a ser caritativo con aquellos que no tienen nada en absoluto. Ella ni siquiera decía gracias a los paseantes que le daban limosna. Le daba igual comer o no

por la noche, después de la triste jornada mendigando. Lo que le gustaría nadie se lo podría dar; no, ¡nadie le daría el beso que ella quería! y, más adelante, muriendo de miseria, conocería la espantosa desesperación de morir sin añoranzas. Hay criaturas tan miserables que incluso la desilusión les es desconocida.

Mantén la mano tendida siempre.

Pasaron dos enamorados. ¡Estaban radiantes y triunfales!

La enamorada, más perfumada que los bosques, – pues, desconfiando de los aromas forestales, se había echado en su aseo las más raras fragancias producto del genio de los químicos modernos,– se dedicaba a rozar con su vestido mundano los matorrales quebrados a su paso; y su sombrero, de la mejor casa de modas, aleteaba bajo los follajes entre las alas de las mariposas celosas. ¡Era la más exquisita de las parisinas! Emanaba de su carne, entre toda la naturaleza, un artificio exquisito; su voluntad de ser bella y su gloria de haberlo logrado desafiaban la inconsciencia de las candidas flores y los simples verdes; ella situaba el triunfo de su adorable mentira entre la ingenuidad de las cosas; su salón conquistaría el campo; y, completamente parisina, los pajarillos silvestres estaban radiantes de ser vencidos por el canto de su voz, perfecta y metódica como la de una diva que aprende a no cantar en falsete.

Él, el enamorado, muy cerca de ella y abrazándola, la miraba. ¿Qué cosa mejor podría haber hecho? Puesto que ella había consentido en seguirle por una bucólica extravagancia, en la casi soledad de ese alejado lugar florido, sería estúpido prestar la menor atención al cielo azul o a las hayas desplegadas a su alrededor; él no debía tener más objetivo que admirar y amar a la incomparable amiga que no tenía temor de afrontar por él las espinas y los guijarros de los senderos, y que, tal vez, en el fondo de su tierna misericordia, no vería como absolutamente imposible el extremo de un abandono, pronto, cuando cayese la noche, entre la vegetación de algún asilo campestre donde, en el suelo de musgo, algún viejo roble se curva hasta conformar una especie de diván. Y el amante, caminando, estrechaba a la joven contra su pecho con toda la sincera pasión de la que puede dar muestra un hombre que debe a numerosas lecturas y a una experiencia apreciable el conocimiento de lo que reservan de desmentido al deseo el después de las caricias y el día siguiente a la felicidad.

Sí, verdaderamente se amaban. Se amaban a la perfección. Él veinticinco años, ella treinta; él, dando muestras aún de un poco de natural ardor adquirido ya en el arte de amar, ella capaz todavía de abandonarse, aunque experta, hacia las ingenuidades apenas olvidadas; él subiendo, ella volviendo a bajar un poco la ruta que va de la primera esperanza al primer rencor, por desgracia se habían, pasados tres meses, encontrado a medio camino; y se regocijaban en ese alto. Este favor les había sido concedido por las compasivas providencias de no haber tenido, durante noventa días, siempre juntos, una sola hora de tedio; y, ved su candor paseándose el domingo por el campo.

Creyéndose solos en un caminito del bosque de Meudon, se abrazaron.

Un ruido, muy cerca de ellos, los turbó; ese ruido era el balbuceo de la pequeña mendiga que tendía la mano. Hacía unos instantes que ella los seguía, los miraba. ¡Qué guapos eran! ¡qué felices eran! y, en ella, fea y no amada, ¡cuánta miseria! Pero contemplándolos mendigaba por hábito.

El amante se volvió hacia la mendiga, y esbozando una triste sonrisa al verla tan fea, buscó alguna pequeña moneda en el bolsillo de su chaleco.

Pero la enamorada también había visto a la mendiga, y, mujer, había penetrado muy rápido en esa alma de niña; de inmediato había comprendido la tristeza de la miserable que tendía su mano, no atreviéndose a tender su corazón, escudilla más mendigante todavía.

Y con voz, cuya clemencia suavizaba deliciosamente la melodía, dijo:

–No, mi amor, no es dinero lo que hay que dar a esta pobre muchacha. ¡Ah! desde luego, celosa como se pueda ser cuando se adora con la pasión de la que te doy prueba, nada me sería tan insoportable como el pensamiento de verte conceder a cualquier otra la menor de las caricias que todas me son debidas a mí únicamente. Y podría llegar a cometer las más furiosas extravagancias, si supiese que de un labio incluso distraído, rozas otros labios que no tengan con los míos más que una ligera semejanza de perfume. Pero hay casos en los que el deber ordena imponer silencio, aunque sea con una extraña rabia, al egoísmo bien natural del amor; y hay que saber sacrificarse al respecto. Yo seré fuerte por caridad. A esta chiquilla que tú consideras con la angustia ardiente de toda su alma en sus ojos, te ruego, mi querido amor, que le des la limosna de un beso.

¡Él se indignó! ¡Qué fantasía tan peculiar! Él, un beso, a esa niña de los caminos! Si la chiquilla hubiese sido menos fea tal vez hubiese tenido menos repugnancia en obedecer.

–Sí, en los labios, un beso – dijo la enamorada – un largo beso en los labios.

Él se atrevió a hacer algunas objeciones aún. Pero con un gesto que no admite replica, ella exigió una sumisión completa, inmediata. Entonces, resignado, él se inclinó, muy apuesto, hacia la mendiga atónica y también deslumbrada, y, muy ampliamente, muy ampliamente, como le fue ordenado, él la besó en la boca, en esa triste boca pálida por primera vez extasiada.

Luego los dos amantes se perdieron en la profundidad del bosque. La que había recibido la limosna quedó en el camino, inmóvil, más asombrada y encantada que si alguna noche de verano los cielos hubiesen dejado caer una estrella en su pobre mano tendida.

¡Oh, joven mujer, oh, parisina, que de una de las delicias que te pertenecían por completo, diste una limosna a unos pobres labios sin besar!; ¡tú que, con una caricia de tu amante has consolado a la niña desheredada de las caricias!; ¡generosa donante de una parte de la más preciosa de tus riquezas!; ¡bendita seas y festejada por siempre por esa misericordia! ¡Que todas las dichas te sean concedidas en recompensa por la dicha que has dado! ¡Que siempre te ame y que nunca te engañe aquél al que tan magnánimamente obligaste a la traición!; ¡que siempre tus sonrisas, incluso ya anciana, sean envidiadas por la sonrisa de las rosas de julio! ¡que tu espejo, como salario por tu adorable bondad, te muestre eternamente una belleza sin parangón!– y, puesto que tú diste la limosna de ese beso, ¡que todos los besos, hasta el fin de tus días, te sean dulces! ¿Quién sabe, sin embargo, si creyendo ser buena no fuiste tal vez cruel, transeúnte caritativa? ¿Quién sabe si no ha quedado en los labios de la mendiga, el recuerdo devorador de tu presente? La desdichada podía soportar la desesperación de tener unos labios donde jamás se posan otros labios antes de conocer la embriaguez de la boca en la boca. ¡Ahora piensa que el paraíso es posible en la tierra! y ella ya no lo tiene, jamás tendrá ese paraíso. Tal vez deambule por los caminos y los domingos por las afueras, esperando encontrar enamorados que dan a las mendigas esas limosnas del cielo. No los encontrará, estará desolada, con la espalda apoyada en un árbol, tendiendo la mano, no atreviéndose a tender los labios, afligida y aielada; y, alguna noche sin duda por el recuerdo desesperado irá hacia el río que discurre no lejos del camino por donde tú pasaste; se inclinará hacia el agua, hacia el agua clara y negra, tan profunda, y, aspirando una última vez con sus labios su alma en el recuerdo aún de la deliciosa y fatal limosna... Pero la muerte es clemente también con las pequeñas suicidas. Tan fea cuando viva, la pobre, será menos fea muerta sobre las larga losa cuando la hayan sacado del río; más pálida, más blanca, con los ojos velados por los dulces párpados cerrados; y, a partir de ahora sin amargura, puesto que la equidad de las celestes bodas

reserva a los más bellos ángeles por esposos a las más feas elegidas, el recuerdo del único minuto exquisito pondrá sobre los labios de la difunta una sonrisa esperanzada.

## XVIII

## LA DULCE AMANTE

No es virtud de lo que carece aquella a la que yo pertenezco como la hoja a la tormenta; para mi dicha y gloria, ¡es perfecta! pero lo que sobre todo la hace admirable y especial entre los vivos, es la exquisita dulzura de su alma. En cierta ocasión, paseándonos juntos – a menudo nos sucede alejarnos más allá de las afueras de París, – nos detuvimos en un paisaje repleto de vegetación al borde de un pozo que era el más espantoso torbellino que uno pueda concebir. Entre el circo desgarrado de rocas y hielo giraba torrencialmente el vertiginoso tumulto del agua tronando como un millón de bocas y arrojando al aire un estrépito de un centenar truenos. Viendo todo ese espantoso torbellino espumoso, mi amiga, con una sonrisilla en los labios, quitó un diamante de una de sus orejas – como si fuese una gota de rocío que se deslizaba por un pétalo de clavel, – y lo arrojó al abismo, y, porque ella es, como ya os he dicho, la persona más dulce que existe sobre la tierra, musitó con voz angelical como el sonido de los serafines celestiales: «¿Quieres complacerme, amor mío? Te ruego que vayas a buscarme ese diamante que ha caído en el agua.» Fijaos, no me lo ordenaba, ¡me lo rogaba! Yo quedé confundido por la benignidad que ella deseaba testimoniarme una vez más; y, tras una amplia aspiración de aire, me lancé, según su amable capricho, al agua devoradora y atronadora. Debo confesar que allí experimenté unos minutos comprometidos. Tomado entre las innumerables mandíbulas de la enorme tenaza del pozo, hubiese preferido sin duda encontrarme sentado sobre la hierba florida de los linderos donde revolotean las mariposas. Pero alejé de mí ese pensamiento poco magnánimo; no pensaba en otra cosa que merecer tú sonrisa, ¡oh, mi clemente amiga! ¿Cómo triunfé sobre el agua terrible? ¿Cómo no fui desmembrado contra algún escollo o aplastado entre el encuentro de dos enconadas olas? no sabría dar una explicación verosímil. Lo cierto es que arranqué el diamante de la boca de un monstruo que pasando por allí lo había atrapado de un bocado, y, transcurridos apenas tres minutos, ensangrentado por los cortes, completamente empapado salí del pozo y rodé sobre la orilla ofreciendo con el extremo de los dedos la piedra preciosa reconquistada. A decir verdad, el espectáculo que se me ofreció no dejó de asombrarme un poco al principio. Mi amiga estaba sentada sobre las rodillas de un joven muy bien parecido, y no le prohibía introducir las manos en la melena que ella tiene tan rubia, ni poner los labios en los labios que ella tiene tan rosados. ¡Ah! ¡qué injusto! mi primer pensamiento, ¿podéis creerlo? fue saltar sobre la

querida mujer y sobre mi rival, golpearlos, estrangularlos, morderlos. Pero logré dominar mi culpable cólera. Estaba equivocado. Ya había permanecido mucho tiempo bajo el agua, eso era todo. ¡Tres minutos! ¡enorme lapsus! ¿Qué mujer abandonada, – incluso extraordinariamente fiel, – no hubiese en treinta o cuarenta segundos, aceptado los galanteos de de dos o tres jóvenes apuestos? y, en tres minutos, mi amiga, mi más fiel amiga, no me había engañado más que con un solo transeúnte. Mi admiración por su reserva fue tan grande que no podría expresarlo. Evité molestar a la pareja y me oculté discretamente tras un bloque de hielo. ¡Qué recompensada fue mi paciencia! Apenas mi perfecta amante – es cierto que el frío extremo aconseja los corsés cerrados, – permitió abrir bajo una mano legítimamente entusiasta el doble pecado blanco de su pecho, cuando despidió, por apuesto que fuese, al joven hombre, con una mirada y un gesto donde no se revelaba más que el deseo a medias de un próximo reencuentro. ¡Ah! ¡qué fiel! Entonces, – una vez que mi rival partió – yo me mostré y ofrecí, lleno de una gratitud que me hacía afluir las lágrimas a los ojos, el diamante encontrado en el abismo a riesgo de mi vida. Tal vez creáis que chorreando de agua espuma y con los cabellos llenos de hierbas, y cubierto de mil pequeños copos, ella se alejó de mi con horror. ¡Qué mal la conocéis! Sin duda, ella apartó su vestido que habría podido mancharse con las gotas, y no tomó la piedra preciosa que le ofrecía mi prudente mano en el extremo del brazo extendido, sino que me miró con aire que nada tenía de cruel y no me reprochó demasiado haber tardado tanto tiempo en obedecerle, no me hizo observar que yo estaba, – semejante a un sucio dios marino – en un estado poco presentable; e incluso creí adivinar en su sonrisa que, pronto, de regreso al albergue de ese país arbolado, ella vacilaría en negarme un beso, yo extasiado y ella bostezando apenas, en la uña rosada de su dedo meñique. ¡Porque ella es tan dulce...!

## XIX

## EL JUSTO CASTIGO

Apenas entrada la noche, gracias a la llave que Ludovic le dio, en la antesala del apartamento donde ella creía ser esperada, Jo advirtió un pequeño ruido tras ella, y, girándose aprisa, reconoció a Lo bajo la luz de la lámpara que colgaba del techo.

–¡Lo!

–¡Jo!

–¡Tú!

–¡Yo!

–¿En casa de...

–Ludovic?

Se miraron la una a la otra no sin un extremo furor.

–Señora, – dijo Jo temblando de ira – no me molestará saber a consecuencia de que extraña circunstancia se encuentra usted aquí a una hora tan intempestiva.

–Señora, – dijo Lo estremecida de rabia – me gustaría mucho conocer el motivo que hace que un hombre estime su visita tan extrañamente nocturna.

–A mí, Señora, ¡Ludovic me espera!

–¡También me espera a mí!

–Ayer aún...

–No más tarde que ayer...

–Él me decía...

–Él me afirmaba...

–Dándome...

–Entregándome...

–La llave que aquí...

–La llave que aquí...

–Que yo le encantaría...

–Que yo lo maravillaría...

–Y viniendo a sorprenderle...

–Y viniendo a despertarle...

–Después de medianoche...

–Antes del amanecer...

–¡Cuando naciese en el corazón la fantasía!

–¡Cuando el divertido capricho me atravesase el espíritu!

En verdad, arrancarse una a la otra los ojos, fue la conducta que pensaron mantener al principio. ¡Pero, cómo! esos ojos donde se revelaba aún la esperanza del placer prometido eran bonitos; Jo y Lo eran tan encantadoras, con un ligero latido bajo los corsés de tórtolas prendadas o enfurecidas; había tanta locura en sus rizadas cejas que pronto renunciaron, mirándose de cerca, a su violenta intención de combatir. ¡Vengarse, eso sí! pero de él.

–¡Ah! ¡el bribón! – dijo Jo

–¡Ah! ¡el monstruo! – dijo Lo.

Y, sus bocas próximas en un deseo, pronto abandonado, de morderse, estallaron en risas bajo la lámpara apenas luminosa que reía también misteriosamente. Lo que hace dignas de atención las antecámaras de los apartamentos de solteros es que no se parecen del todo a los taciturnos vestíbulos de los ministerios o de los palacetes principescos. En lugar de duras y estrictas banquetas, allí se encuentran sofás, casi divanes, cuyo respaldo es propicio al olvido prematuro de los deberes. Vestuarios de los pudores. ¡Eh! ¿Qué ocurría? La misma lámpara no lo vio habiéndose apagado. Por lo que respecta a Ludovic, no podía escuchar nada a causa de la pesada colgadura que velaba la puerta del dormitorio. Además se aburrió mucho hasta el amanecer, durmiendo mal. ¿Cómo? ¿ni Jo? ¿ni Lo? Ni Lo, ni Jo. y le estuvo muy bien empleado. Pues, cuando se tienen dos amigas, nada es más digno de castigo, – ¡las justas providencias vigilan! – que la imprudencia de no evitarles encuentros en los que su venganza se puede saciar en las más exquisitas delicias: y los amantes, al ejemplo de los banqueros sobrecargados de negocios, deben tener agendas donde anotar los vencimientos del amor.



## XX

## LA FELIZ ESTRELLA

Muy lejos, muy alta, más lejos aún, más alta todavía, en el inalcanzable azul del cielo, una estrella se aburría y se parecía al ojo de una mujer un poco melancólica que va a llorar. Un ángel que pasaba por allí le dijo a la triste estrella: «¿Por qué sueñas tan dolorosamente, dulce astro? » Ella respondió: «Es que por haberla visto, durante la noche, cuando brillo en las ciudades, envidio a una de mis hermanas que centellea, oscurecida, allá abajo en uno de los negros arroyos de París. Quisiera estar en su lugar. Quisiera ser mi mismo reflejo temblando en el agua oscura, cerca de la acera por donde pasan las multitudes.» El ángel quedó muy sorprendido. «¡Cómo!— dijo — tú contemplas los lejanos milagros del azul nocturno; tú eres la vecina de los paraísos que abren los pórticos de ópalo y de lapislázuli, tú te mezclas en la prodigiosa ronda inflamada de las constelaciones; tú estás en el infinito como una de las más puras perlas de un inmenso collar de luces; tú ves, cuando te levantas, los gloriosos soles acostándose; tú admiras, al declinar, la palidez rosada de los amaneceres; ¿y estás celosa, celeste joya, de un astro caído en el lodo, como una flor marchita? » — «Sí, estoy celosa, dijo la estrella, y de brillar tan lejos de la tierra, me siento con ganas de llorar lágrimas de oro pálido. Pues aquella de mis hermanas que está en el arroyo, — ella o su reflejo, — pues la estrella caída sobre el pavimento donde el agua discurre, puede ver los furtivos botines y un poco de pierna de las parisinas que pasan!»

## XXI

## EL MILAGRO

Había en ese convento – Mazet de Lamporechio tal vez fue jardinero allí – una pequeña monja llamada sor Ninette, de un poco menos de dieciséis años, que era muy devota y también muy enamorada. ¿Devota a quién? a todos los santos, pero sobre todo a uno muy guapo, a un San Cirilo esculpido que lucía en la capilla; ¿enamorada de quién? no lo sabía, puesto que ningún hombre podía entrar en el claustro; pero ella estaba decidida a mostrarse tan cariñosa como fuese posible con el primer galán que escalase el muro – a condición, sin embargo, de que tuviese bigote, ya que le gustaban particularmente los bigotes; y, si él le propusiese llevársela, «bien, lléveme» le diría. ¡Pero cómo se hacía de rogar el cariñoso desconocido! De modo que una noche se escapó sin hacer ruido del dormitorio y bajó a la capilla sumida en la oscuridad y llena de un recuerdo de incienso, para quejarse a San Cirilo de la soledad en la que se la dejaba consumir. Aunque estuviese todo oscuro, no tardó – acostumbrada a los atrios de la pequeña iglesia – en encontrar el zócalo de la estatua; y, arrodillándose en las tinieblas, dijo: «Por el amor de Dios, ven en ayuda de una pobre muchacha que no podrá languidecer por más tiempo sin entregar pronto el último suspiro. ¡Oh, tú que te apiadas de las almas desconsoladas, ten presente que la mía es también digna de lástima a más no poder! ¡Que tu voluntad sea, oh, mi socorro, concederme un consuelo! Los milagros no te resultan difíciles; si tu quisiera, yo podría encontrar en mi pequeña cama a una persona que me quisiera y que tuviese buenas intenciones. Si es necesario me resignaría a no ser secuestrada, al menos la primera vez; pero que un querido compañero nocturno venga a divertir mi espera; y, sobre todo, que sea, si es posible, parecido a tí, ¡querida estatua aureolada de oro! Sí, que aquél que espero y pido se te parezca, y todos mis deseos se verán colmados.» No creáis que hablaba así para halagar al santo, para alentarle a que se produjese el prodigio que solicitaba. No, era sincera; ¡hubiese querido un amigo parecido a San Cirilo! y, después de una señal de la cruz – casi con la certeza de ser atendida – regresó a su pequeña cama del dormitorio. ¡Ah! ¡el malvado santo! Allí había una persona entre las sábanas, en efecto, pero era Lina, una novicia bonita y fresca como una flor recién cogida, que había venido, durante el sueño de las monjas, para charlar y reír con su amiga Ninette. ¡Eh! sí, muy bonita, y muy divertida, ¡la encantadora novicia! sabía muchos cuentos que contaba muy bien, también versos de amor que recitaba en voz baja; y para pasar el tiempo por la noche,

cuando no se es capaz de dormir, tenía unas ocurrencias que eran completamente divertidas. Pero no era un galán, y no se parecía del todo a san Cirilo. Sor Ninette, riendo, muy bajo, con la novicia, experimentaba mucha cólera contra el bienaventurado que la había escuchado de un modo tan incompleto. ¡Así era como recompensaba la devoción que siempre había tenido por él! Estaba muy enfadada, ¡iba a enterarse ese santo! Y, en efecto, al día siguiente, apenas hubo entrado en la capilla con todas las monjas para el oficio matinal, arrojó una furiosa mirada hacia san Cirilo aureolado de oro. ¡Pero apenas pudo reprimir un grito! Todo tenía explicación; ella no tenía motivos para quejarse; el milagro había tenido lugar tal como ella había solicitado; pues el día anterior se habían cambiado de lugar las estatuas de la capilla, y la imagen a la que ella había rogado en las tinieblas era la de santa Evelina, ¡bonita y fresca como una flor recién cogida!

## XXII

## AGRADECIMIENTO

Todos sus cabellos despeinados sobre la almohada de encajes, con aspecto de una muerta que ha conservado su color rosado, ¿Lise de Belvèlize está dormida, o más bien, harta de prolongados besos, con un rictus de encantamiento en los labios, holgazanea con delicia en las lasitudes después del amor? Dormida o no, Valentin le habla con tierna vehemencia:

– ¡Para merecer tu mirada enternecida y tus labios menos avaros, te he traído todas las joyas de todas las joyerías! y las costureras más ilustres han recibido la orden de venir cada mañana, una tras otra, a pedirte si, pese a tener ya todo tipo de vestidos, no quieres mil o dos mil más. Cuando ante tus amigas abres el menos rico de tus joyeros, ellas exclaman, deslumbradas y celosas: «¿Es que has tomado al asalto todas las estrellas rutilantes de una noche de agosto?» y, con todas las estrellas, habría con qué llenar los ajuares de boda de cien princesas ahijadas de hadas. ¡Pero no me he limitado a esos mediocres presentes! ¿Deseaste tener un amante célebre por su bravura? He mantenido veinte duelos, terribles, encarnizados; y tú has hecho una panoplia enorme entre las figuritas de su salón, con las espadas rojas que te he traído de esos combates. ¿Te encaprichaste de que fuese ilustre por el talento no menos que por el valor? No dudé un solo minuto en tener talento y publiqué versos que desde luego transportan por la magnificencia del ritmo y lo imprevisto de las imágenes a los más sublimes poemas que los hombres admiraban antes de conocer los míos. Ya no hablo más que por casualidad, – eso es poco, prácticamente nada, – de mi madre a la que dejé sola en la vieja casa de Bretaña, porque tú no me permites abandonar París, ni de mi esposa, – la más decente de las criaturas vivas, – abandonada tras dos años de matrimonio, y de mis hijos, de los que ni sé sus nombres! Futilidades, naderías, sacrificios de los que todo el mundo sería capaz a cambio de un beso en tus pequeños cabellos cerca de la sien. Una cosa me ha resultado más difícil: ¡convertirme, a tu gusto, en el más apuesto y elegante de los hombres! Pero aplicándome, lo he conseguido al cabo de algunas semanas. Finalmente puede decirse, amada mía, que nada te fue rechazado por mi cariño, de todo aquello que tu fantasía podía desear; y en cualquier caso, eres obedecida por el más apasionado y el más ingenioso de los esclavos. ¡Pero al menos no ha sido en vano que hiciese todos esos esfuerzos, todos esos sacrificios! Tú me amas, lo sé, tú me amas. ¡Oh encanto mío, tú me adoras! Hace un momento desfallecías deliciosamente entre mis brazos, bajo mis labios. El nombre de Valentin es el único que hace latir tu querido y

fiel corazón, y en tu generosa gratitud prefieres a cualquier otro, al amante lo bastante feliz para merecerte mediante devociones y dones que satisfarían incluso el orgullo de una diosa demasiado exigente!»

Valentin hablaba de este modo en la alegría apasionada de amar y ser amado, y Lise de Belvélize, durmiendo, con los ojos cerrados, en el oro de sus cabellos despeinados, se volvió a medias, tan bonita, tan tierna, y mostrando en los labios una sonrisa de flor extasiada, susurró: « ¡Raúl! »

## XXIII

## LA RISUEÑA

En el pequeño cementerio que rodeaba la iglesia, fresco, bonito, completamente florido de rosas blancas y dorado por el sol, vi a una joven muchacha, –¡ah! ¡qué joven era! ¿Diecisiete años? todavía no, – una muchacha que se encontraba cerca de una tumba y que reía. Uno no podría imaginar nada más lleno de gracia que esa niña, completamente frágil y encantadora, con sus cabellos rubios un poco cortos que se rizaban, sus ojos ingenuos y su boca de pequeña gavana. Pero lo que me irritó fue que reía; no es conveniente mostrar alegría cerca de las tumbas donde reposan los difuntos; acercándome no pude impedir hablarle de este modo: «Señorita, se equivoca al reír. Sin duda usted no ha conocido al que está sepultado bajo esta piedra.»

–¿Cómo que no lo he conocido? – dijo ella. – ¡Era mi amigo, era mi novio! No tenía más felicidad que la suya, más esperanza que la suya, y cuando murió creí que yo iba a morir también.

–¡Sin embargo usted se ríe! ¡se ríe! – repetí yo.

–¡Ah! – dijo ella – es que recuerdo. En vida, su única dicha era verme contenta, y, si llorase sobre su tumba ¡estoy segura de que le daría mucha pena!

## XXIV

## LA DULCE AMARGURA

Hacía cuatro años que ella había partido; se la creía muerta. Y él había quedado solo y no había dejado de pensar en la ausente. Fue en vano que otras mujeres hubiesen derramado por él lágrimas o mostrado sonrisas; nada podía distraer su corazón prisionero del recuerdo. ¡La desaparecida era tan bella! ¡Ambos habían conocido, fieles amantes, tantas deliciosas embriagueces! ¡Ah! ¡las queridas dichas de antaño jamás volverán por desgracia! Melancólico, amargado, con los labios crispados y los ojos enrojecidos por los llantos nocturnos, él pasaba por la vida como alguien que no tiene interés por ninguna cosa, por ningún ser. No creía siquiera en la felicidad de los demás, desde que la suya se había ido. Los escasos amigos que recibía en su domicilio, donde ella era tan a menudo recibida, donde ella ya no vendría, lo sorprendían a veces inclinado hacia un cajón abierto, besando con sollozos unas cartas, un retrato, unas violetas secas, todas las reliquias tan cruelmente preciosas del amor difunto. Y podía sentirse que ningún hombre de este mundo sufría tanto como él, como esa desesperación era irremediable. ¡Ah! ¡el pobre corazón viudo, con qué angustias se torturaba! Pero hete aquí que un día se supo que la joven no había muerto. Ella regresaba, iba a reaparecer, la volvería a ver. Lleno de alegría, un amigo le llevó la buena nueva al amante antes inconsolable; y éste creyó desfallecer de éxtasis escuchando al buen mensajero. No encontraba palabras, balbuceaba, tartamudeaba, ¡tenía en los ojos el brillo del Paraíso reencontrado! Pero, poco a poco, se fue ensombreciendo, pensando en no se sabe que cosa. Acariciaba con mirada melancólica, en el cajón abierto, las violetas, el retrato y las cartas. Y, en la habitación donde tanto había sufrido, se callaba en vano interrogado. Luego, finalmente, lentamente con la cabeza entre sus manos, exclamó: «Creo... sí, creo que me gustará más echarla de menos.»

XXV

EL ÚNICO NOMBRE

Marion le preguntó, con su bonita risa roja:

–Si no me llamase Marion, ¿qué nombre os gustaría que tuviese, qué nombre me daríais, Señor?

Él respondió:

–Sólo os conviene un: el vuestro; puesto que el vuestro es el más encantador de todos.

–¡Ah! ¡qué adulator más soso! Os hablo en serio. Veamos, suponed que no sabéis como me llamo: ¿de qué modo os las arreglaríais para imaginar un nombre que fuese digno de mí, y que complaciese a vuestro corazón?

–He aquí como me las arreglaría – dijo él.– ¡Tomaría prestada una letra de cada una de las palabras que designaran las seis cosas más bellas del mundo, y reuniendo esas letras formaría vuestro nombre, mi querida alma!

–¡Ah! ¿Y cuales son las seis cosas más bellas del mundo?

–Id contando con los dedos, querida. ¡El mar!

–¿Por qué?

–Porque es misterioso y deliciosamente traidor tanto como vuestra mirada.

–¿Luego?

–¡La aurora!

–¿Por qué?

–Porque es rosada y blanda como la sonrisa de vuestros amantes labios.

–¿Luego?

–¡La rosa!

–¿Por qué?

–Porque es vuestra misma boca.

–¿Luego?

–¡El mes de abril!

–¿Por qué?

–Porque es tan perfumado, casi, como la seda deslizante por la noche, a lo largo de tus queridos brazos y de tus caderas, hacia tus pies desnudos.

–¿Luego?

–¡El pájaro!

–¿Por qué?



–Por que se esfuerza en imitar, en sus quejas o en sus trinos, la dulzura tierna o alegre de vuestra exquisita voz.

–¿Luego?

–¡La nieve!

–¿Por qué?

–Porque es blanca como vuestros hombros y como vuestros senos deslumbrantes.

–¡Ah! ¡qué adulator sois! Al final, volvamos al hecho. De cada una de esas palabras que tomaríais prestadas?...

–Una letra. M, en el mar; en la aurora, A; R, en la rosa; en abril la I; O en pájaro; y en la nieve, N.

Ella prorrumpió en carcajadas.

–Pero, Señor, si no me equivoco...

–¡No os equivocáis del todo! Pues vuestro nombre, ya os lo he dicho, es el único, amor mío, que es digno de vos; y, si no queréis creerme, ¡haríais bien en devolver a vuestras madrinas y padrinos, el mar, la aurora, el abril, los pájaros y las nieves!

## XXVI

## LA FLOR QUE TIENE FRÍO

No había nada más extraordinario y encantador que esa flor en ese campo de nieve. ERA la rosa más pequeña de un pequeño rosal. ERA tan endeble, con sus pálidas rojeces, tan frágil, que pasando alguien por allí no habría podido explicarse como resistía al frío y a los severos vientos del norte. No es costumbre de las gavanzas sobrevivir a las estaciones calurosas! Sin embargo, instruido de cosas como yo lo era, no quedé especialmente sorprendido por esa flor en la nieve. El pasado abril, una hada con alas de mariposa había atravesado la llanura entonces completamente verde y había rozado el campo con la punta del dedo pulgar de su pie, dejando allí algo de primavera. Y en ese lugar la flor había nacido y se desarrollaba sin marchitarse.

Pero tenía mucho frío; con su blancura apenas rosada estremeciéndose, hacia pensar en la desnudez de un niño en una cuna de escarcha.

Como yo la observaba:

–Señor – dijo la pequeña gavanza – no hay destino más miserable que el mío y me aflige considerablemente que no pueda morir y deshojar como las demás florecillas; pues el invierno, impotente para marchitarme, me congela; siento mil espinas frías que son puntas de témpanos penetrando en mi delicada pulpa. Si vos no tenéis un corazón inexorable, tened piedad de mi, os lo ruego. Haga lo posible para que tenga sobre mí, a mi alrededor, no más que un instante, un poco de calor. ¡Todo lo que tengo de bello y fragante, lo daría con alegría por un rayo de sol de verano!

Como podéis adivinar quedé muy conmovido por tal discurso. Pero ¿cómo acudir en ayuda de la rosa que tiritaba en el cruel aire? No era cuestión de rogar a las nubes que se entreabriesen para dejar pasar algunos chorros de luz cálida; no había calor detrás de las taciturnas nubes blanquecinas. Tuve la idea de ir al bosque vecino, recoger unas ramas y hacer un fuego alrededor del delgado tallo; pero los vientos del norte hubiesen apagado enseguida la llama y dispersado las brasas. ¿Qué, entonces? ¿Me vería obligado a dejar sufrir en el largo invierno, sin reposo, a la bonita suplicante? Por fortuna no dejo de tener una imaginación bastante fecunda e ingeniosa. Corrí hacia el domicilio donde me esperaba fielmente la Amiga de cabellos dorados. Le conté la aventura y le expliqué mi proyecto. Ella no dudó en seguirme, vestida apresuradamente, completamente cubierta con abrigos de pieles. Pronto llegamos al campo de nieve, y mi amiga se inclinó hacia la flor, liberando sus cabellos. «¡Oh! ¡qué dulce es abrirse al sol!» dijo la pequeña rosa del campo de nieve.

## XXVII

## METEMPSICOSIS

En cierta ocasión, hablando de las formas bajo las cuales vivimos en los siglos pasados, – pues todas las personas que tienen un poco de memoria recuerdan sus existencias anteriores, – preguntaba yo a la que es mi única alegría y mi único anhelo:

–¿Recuerdas, querida mía, haber sido amada en tiempos pasados, cuando no eras aún la más hermosa de las bellas de hoy en día?

–¡Ya lo creo que fui amada! – dijo ella. Cuando me mostraba en Cerámica, vestida y peinada según la moda, los más guapos y ricos jóvenes se desviaban de su camino para complimentarme por mi vestido y ofrecerme a cambio una mirada, la promesa de un beso, conchas de oro y esas piedras preciosas que, detrás de ellos, unas esclavas llevaban sobre cojines de púrpura. Más tarde, en Roma, era una impúdica y magnífica cortesana y por mí se mataban en las calles, después de la misa, o en los claustros después de cenar, los lúbricos cardenales; y, antes, – pues cien años no es más que un minuto en la eternidad de la transmigración de las almas, – fui entre los Porquerones una hermosa muchacha, – muy virtuosa además – que los más altos nobles a quienes gustaban los desaires con los que yo respondía a sus galanteos, ¡se vanagloriaban de mostrar sobre la mejilla la marca de mis cinco dedos! Creo haber sido también en otros tiempos, la muy austera esposa de un pastor calvinista que me decía con adoración: «¡Tiene que haber santos, puesto que tú existes!» y la novia de un lugarteniente de húsares que se hizo matar en la batalla porque el día de entrada en combate le negué la rosa de mi corsé.

Yo quedé muy satisfecho, no sin algunos celos, – de saber que mi amiga, en todo momento pasado, había gustado tanto.

– Y – le pregunté un tanto inquieto – ¿te acuerdas de haber amado en la más remota antigüedad?

–¡Desde luego, recuerdo haber amado! Reina de un país bárbaro, combatí a la cabeza de mi ejército a los hombres de Occidente que venían a robar los tesoros reunidos bajo las tiendas de nuestros desiertos; pero, tras la victoria, me atravesé el seno con una daga muy aguda, porque uno de mis jóvenes guerreros favoritos había muerto en combate. He adorado, vestida de pieles en mi gruta subterránea, a un guapo groenlandés pescador de ballenas y morsas. He coqueteado, no sin cariño, al despertarme en mi habitación de marquesa, con el sacerdote fresco como una joven

damisela y con el vizconde guapo como una protagonista de ópera. De la época en la que me llamaba Doña Leonor, desgarré, herí y estrangulé con mis dos manos rosas que quedaron completamente ensangrentadas, a Dolores, mi rival, en la cama de don Paez. He sido una pequeña obrerilla que esperaba a su buen amigo cantando una canción bajo las flores de una buhardilla; y he sido también una delicada casada, turbada con el corazón palpitando en la habitación nupcial donde el esposo iba a entrar.

Que fuese amada tantas veces, era algo que me irritaba un poco. Al menos eso probaba la ternura de su corazón, ¡persistente a través de los tiempos! y tomé el aspecto de alguien que estuviese muy contento.

–Y – le pregunté (¡oh! ¡qué ansioso estaba esta vez!) ¿recuerdas haber sido, en los días desaparecidos...

–¿Qué?

–¡Fiel!

Ella pensó, pensó durante un largo intervalo de tiempo. Finalmente dijo:

–No, no lo recuerdo.

Estas palabras, como podéis imaginar, me desolaron cruelmente. ¡Cómo creer en la constancia actual de una persona que en ninguna época fue constante! Pero mi desesperación no fue muy duradera, pues, saltándome al cuello, dijo:

–No, no, de haber sido fiel, no tengo recuerdos; pero, bueno, ¡ya me acordaré en las existencias futuras!

XXVIII

EL JUGADOR HONRADO

–¡Me apetece! – dijo Marion.

Hace tiempo que él había renunciado a resistirse y respondió resignado:

–A mí también.

Ella continuó:

–Vamos a jugar a un juego que he inventado. Es el siguiente. Yo te diré una cosa, no importa que, lo que me pase por la cabeza. Si lloras, ganaré; si sonríes, perderé.

Él suspiró:

–Dado que es lo que quieres...

–Escucha bien. ¡No te amo!

Él prorrumpió en carcajadas.

–¡Ah! – dijo ella – haces trampa. Te ríes a propósito para hacerme perder. ¡Es evidente que habrías debido sumirte en un mar de lágrimas con la idea de que no tengo por ti el más ferviente amor. Vamos, este no cuenta. Volvamos a comenzar la prueba. Solamente esta vez, si ríes, gano; si lloras, pierdo.

Él suspiró:

–Dado que es tu fantasía...

–Escucha bien. ¡Te amo!

Él sollozó desesperadamente.

–¡Ah! ¡qué jugador más tramposo eres! ¿Acaso no debieras haberte alegrado, mostrando las más extasiada de las sonrisas, a causa del cariño que acabo de confesarte?

Él replicó muy humildemente:

–¡Créeme bien, Marion, cuando te digo que no podría en ningún caso ser de tu opinión! Yo siempre diré y pensaré lo que tú quieras que diga y piense. Sin embargo debe serme permitido observar que fui, tanto en la risa como en las lágrimas, el más leal de los jugadores; pues, sabedor de la perfecta y continua mentira con la que una hada, desde tu cuna, divinizó el encanto de tus queridos labios, nada podía igualar mi alegría escuchándote decir que no me amas salvo el desamparo de escuchar por tu boca que no me amas.

## XXIX

## DISCUSIÓN CON UNA ROSA

Esa rosa me dijo en el jardín, mientras a nuestro alrededor todo el calor del día era como el oro tibio y difuso:

– ¡Ah! bien, ¡no me cojas demasiado pronto! Fíjate, apenas estoy abierta. Aún fue esta mañana cuando salí de la yema bajo las palideces del alba, y me quedan en los pétalos un poco de rocío. Es verdad que no ignoro ya la delicia de sentir penetrar hasta mi corazón las tibiezas del verano; trataría en vano de ocular que más de un abejorro, – prefiero los abejorros a las abejas, pues tengo buenas costumbres, – aspiró con una caricia agradablemente brutal el azúcar de mi pistilo. ¡Pero qué importa! todavía me están reservadas tantas alegrías en este muro donde abundan los estremecimientos de alas. Cuantas mariposas, – si tú no te apresuras a cogerme, – se posarán sobre mí con un escalofrío de deseo. ¡No me cojas, transeúnte! ¿No hay otras flores en este recinto perfumado? Mira, aquí hay jacintos, claveles y jazmines; ¿no encontrarás, dejándome sobre mi tallos, con que componer el más deslumbrante y oloroso de los ramos? Y muchas otras rosas también se te ofrecen, que no se quejarán por ser cogidas, puesto que, abiertas anteayer, ya están hastiadas bajo todos los besos que puede esperar un cáliz. Pues son rosas viejas! Pero yo, yo soy una flor chiquilla, casi entreabierta; aún me son permitidas unas esperanzas; no quiere ser, en un jarrón japonés, una momia de gavanza, con muy pocos recuerdos. Déjame embriagarme con los placeres que me son ofrecidos, déjame bostezar bajo las caricias de las mariposas, de los rayos del sol, del viento que pasa, – déjame vivir hasta el crepúsculo de mi día nupcial.

Yo le respondí:

–Joven rosa, puedes estar segura de que estoy conmovido a más no poder por la agradable elegía con la que has encantado mis oídos; si me estuviese permitido yo alejaría de ti la mano que te amenaza; pero debe elegir para Coelia la más exquisita de las flores de este jardín; nada podrá impedir que cumpla con mi deber.

–¡Ah! –dijo ella – ¿es para Coelia para quién quieres tomarme?

–¡Para Coelia! – respondí.

–¿Coelia es esa joven que hace un rato se paseaba por aquí en un camisón de muselinas y encajes tan deliciosamente aromáticos que todas las libélulas y las brisas se apartaron de nosotras para seguir el perfume de su falda en movimiento?

–¡Sí!

–¿Coelia es esa joven que alegra el día con una sonrisaq donde se posan amorosamente todas las luminosidades del verano?

–¡Sí!

–¡Oh!, en ese caso, cógeme, cógeme! – dijo ella.– consiento y quiero; y no añoraré nada, ni los estremecimientos de las alas, ni el paso de los vientos sobre mi cáliz emocionado, a condición de que Coelia, dos o tres veces, pensando distraída en otra cosa, se digne a posar sobre mi boca casi parecida a unos labios de mujer, su boca completamente similar a unos labios de flor.

XXX

BUENA VECINDAD

Él se inclinó desde su ventana a la ventana de al lado que se encontraba muy cerca.

–¿Vecina?

–¿Vecino?

–¡La hermosa flor que veo!

–¿Una flor hermosa? ¿cuál? Tengo tantas y tan bonitas en el borde de mi ventana... geranios, jacintos, y también tulipanes.

–No hablo de ellas.

–¿De qué flor entonces, vecino?

–De tu boca, vecina. ¿Puedo cogerla?

–¡Eh! ¿Cómo?

–¡Un beso!–dijo él.

–Inténtalo – dijo ella.

El se subió al borde de su ventana, se agarró a un postigo, adelantó la pierna, se inclinó, se aferró a una cortina y saltó a la habitación de al lado; y he aquí que abrazando a la hermosa muchachas, y empujándola hacia la alcoba de muselina y seda, tomó, con ardientes labios, la rosa que anhelaba.

–¡Ay, ay, vecino!

–¿Qué sucede, vecina? ¿No me habías permitido?...

–¡Desde luego! Pero...

–¿Pero?...

–Pero, – suspiró ella, – ¡creo que se puede coger una flor sin doblar el tallo!



## XXXI

## NOCHE DE TORMENTA

Esa noche, a pesar del furioso tumulto del viento que golpeaba los muros, hacía chirriar las veletas y gemía en los corredores, mi amiga dormía. Yo no dormía, – no dormía porque pensaba en la desesperación que me invadía a causa de sus mentiras y sus traiciones. ¡Me levanté! Aprovechándome de su sueño, tomé en el pecho de mi amiga su corazón, y puse ese corazón que me había traicionado en la repisa de la chimenea, en una copa de cerámica china muy ligera y frágil. Luego tomé en la frente de mi amiga sus pensamientos y puse esos pensamientos que se habían alejado de mí, en una taza japonesa, tan frágil y delicada que el aliento de un pájaro la hubiese volcado. Luego tomé sobre sus labios y sus brazos, los falsos besos y las falsas caricias con las que ella me había hechizado, con las que me había decepcionado, y todo eso lo puse en un cáliz de cristal de bohemia, tan poco resistente que se hubiese roto bajo el contacto del dedo de un niño. A continuación abrí la ventana de par en par, la tormenta se introdujo en la habitación, saqueando, rompiendo, dispersando, llevándose la copa, la taza y el cáliz con todo lo que yo había puesto en su interior. ¡Y yo reía y estaba alegre! porque ya nada existía de lo que le había servido para ser infiel e hipócrita, porque ya no tendría nada con lo que desesperarme. Pero despertó, abrió los ojos y su mirada, – que yo había olvidado tomar, – era tan pura y tan hermosa, y se me inflamó el alma de tan deliciosa maravilla, que salté por la ventana y corrí entre las ráfagas nocturnas para que me devolviesen su corazón mentiroso, su inconstante pensamiento, sus besos y sus caricias.

## XXXII

## EL ANGEL DE LA GUARDA

Sería difícil imaginar una persona tan perpleja como lo estaba esa mañana la marquesa Lise de Belvélice; y se puede afirmar que, saliendo de su casa en medio de una niebla de diciembre, no sabía del todo que partido tomar. No, no lo sabía. En ella también anidaba la bruma, – una bruma en la que la voluntad no encuentra su camino. Veamos, ¿qué haría? Había prometido ir a llevar a la morada de una familia pobre, – la abuela muy anciana y los pequeños en la cuna – los consuelos de la limosta; y esos desdichados la esperaban con una ansiosa esperanza. Pero ella también había prometido al Sr. de Marciac almorzar con él en el apartamento de soltero que él había tomado en alquiler y amueblado exclusivamente para ella en el primer piso de un edificio de la calle de Aboukir, encima de una tienda de juguetes; pues es prudente llevar las soledades del amor a los barrios bulliciosos por los negocios; y ella deseaba más encontrarse en la habitación donde se mezclan los olores de habano con perfumes de pachulí que en la choza donde emanan olores de manzanilla rancia. ¡Cómo había sido tan despistada! ¡Le hubiese sido tan fácil espaciar sus deberes, fijar una hora para la caridad y fijar otra para el Sr. de Marciac! Pero el mal ya estaba hecho. Había que elegir entre la visita caritativa y el tierno cara a cara. ¡Difícil alternativa! No había subido a su cupé, no había tomado un taxi, a causa de la dirección que hubiese tenido que dar al cochero. Y a lo largo de las tiendas, en una envoltura de piel de nutria, con el velo sobre los ojos y la boca bajo el fular, caminaba vacilante, completamente atormentada.

Con seguridad es muy bueno ser caritativa; las resucitadas sonrisas de los pobres a los que se socorre son una preciosa recompensa por las escaleras subidas en las casas de los obreros y las largas estancias en fétidos tugurios. Pero tampoco se podría cuestionar que hay algún dulzor en ser abrazada, una vez franqueado el umbral, por un amante lleno de fervor; y, a los postres, – cuando la segunda botella está vacía sobre la mesa colocada entre la cama y la chimenea, – es poco enojoso, con los pies ya desnudos ofreciendo su transparencia rosa al brillo rojo de las brasas y los hombros hacia la cabecera –¿dónde está el corsé?– acariciados con una mano que no se detendrá allí, es poco enojoso conceder a unos muy queridos labios un beso donde la tibieza húmeda del placer se mezcla con un poco de espuma de champán. ¡Ah! ¡que encantador era el Sr. de Marciac! Jamás hombre alguno se mostró cerca de una mujer, tan exquisito como con ella, hasta el punto en el que él era suyo. Había modos de mirar a la amiga, de acariciar

con un soplido los párpados a medio cerrar, o el cuello, cerca de la nuca, entre los rizos, de introducirle en el oído, sin palabras, calores consejeros de todas las locuras, modos de abrazarla, de levantarla, de tomarla, que eran motivo de amable turbación para la más virtuosa de las personas! y con un suspiro de añoranza ella se acordaba de las esperanzas antes realizadas.

Pero, bruscamente, fue heroica. No, no iría al apartamento del Sr. de Marciac puesto que había jurado ir a la morada de la abuela y los pequeños en la cuna; ¡se sacrificaría! para hacer felices renunciando ella a serlo. ¡Sublime, sí, sería sublime en su abnegación! Hizo una señal a un cochero, subió en el coche y dio la dirección de la familia indigente; y, algunos minutos más tarde, entraba en la buhardilla; con calma, apenas sin orgullo, – pues no hay que enorgullecerse, – con esa serenidad que sólo da a las almas y a los rostros la conciencia del deber cumplido.

¡Qué contento estuvo el ángel de la guarda de la Señorita de Belvélice!

¡No os apresuréis a sonreír! Con seguridad todavía hay ángeles de la guarda. El legítimo horror de ser banalizados por las bromas de los romances no los ha decidido a levantar el vuelo. Como antaño, descienden hacia las jóvenes muchachas y, tiernamente, las vigilan, abriendo la blancura de sus alas protectoras. No solamente es entre las cortinas de los dormitorios de los conventos, o en los camastros de las inocentes pensionistas, donde estos celestiales espías acechan; ellos se inclinan también hacia las mundanas, no las abandonan, las siguen al Bosque de Bolonia por las mañanas si montan a caballo, las acompañan, invisibles, a la casa del modisto, a la del pastelero a las cuatro, al té antes del anochecer, a las cenas oficiales, a los bailes donde su misión les obliga a girar, en la cadencia de los valeses, en torno a senos desnudos del alma cuya guardia les corresponde; tal vez sea un poco de su etéreo candor vaporizado, ese vahó exquisito de perfumes que se ve temblar sobre los hombros de las bailarinas, y que se toma, equivocadamente, por el vuelo de un fino terciopelo; incluso durante las noches, aferrados a su deber, no remontan el vuelo hacia los paraísos: tanto si duermen solas o si han aceptado en los misterios de la alcoba la vecindad de un amigo que aplaza durante un buen tiempo su austera virtud, los ángeles de la guarda encuentran en la caída, al pie de la cama, de las blancas muselinas o sedas, un ingenioso pretexto para la presencia de sus pálidas alas cerradas.

Así pues, el serafín encargado de anotar las meritorias acciones de la marquesa, ¡quedó satisfecho a más no poder! Entrando tras ella en la morada de los desgraciados a los que la mujer venía a socorrer, él se prometió recomendarla a las divinas providencias dispensadoras de las justas recompensas; y mantuvo su palabra, como se verá más adelante.

La marquesa de Belvélice se mostró caritativa más allá de cualquier expresión. No hay que decir que puso en el rincón de la chimenea las moneditas de oro de su bolso, que preguntó si había Burdeos para la anciana, franela para la chiquilla que tosía sin parar, que prometió las visitas de un médico. Todavía hizo más: se sentó en una silla de paja, se instaló, y quitando su sombrero, fue como ella escucho sin aparente molestia, las dolencias de la abuela; finalmente, cerca de una cuna, – ¡ah! que fea era esa cuna, ni batistas, ni sobrecubiertas de seda, – se inclinó hacia el pobrecito niño enfermizo, desnudo, que estaba allí como un pajarillo sin plumas en un nido sin musgo. ¡Ya no pensaba en el Sr. de Marciac! no, ¡no pensaba del todo en el Sr. de Marciac! ¡Ah! desde luego el ángel de la guarda tenía motivos para estar contento. Preguntó al niño enfermo si no deseaba nada; todo lo que él quisiera se lo daría, no tenía más que hablar. «¡Oh! lo que quisiera, dijo él, es un gran polichinela, con dorados y satén rojo por todas partes.» Él exigió demasiado poco. Ella le enviaría todos los polichinelas, los peleles y los payasos vestidos de cascabeles. Y no penséis que una hora más tarde, cuando ella

descendió la escalera de la triste casa, había olvidado su promesa. No, no, ella dijo al cochero que se detuviese delante de la primera tienda de juguetes que viese en el camino. La alegría de haber hecho el bien, la esperanza de seguir haciéndolo aún, le insuflaba en el corazón una deliciosa inocencia. Era tan perfectamente pura que no sabía ya que existiese sobre la tierra un joven de bellas facciones llamado Sr. de Marciac. En el taxi, urdía los más honestos proyectos. ¿Tenía un marido? ¡eh! pues bien, amaría a ese marido; al menos trataría de amarlo. Renunciaría a los vanos placeres del mundo, se dedicaría por entero a las obras de caridad. ¡Ah! la bella y noble vida. ¡Qué goce es mayor que verse agradecida por viudas y huérfanos! El ángel de la guarda estaba tan encantado que lloraba con lágrimas de emoción.

El coche se detuvo ante una tienda de muñecas.

La marquesa entró de inmediato en el local: compró cuatro polichinelas, dos bebés japoneses, y unos pastorcillos, y cocinas con cien cacerolas, ordenó llevar todas esas bonitas cosas al pobre muchachito sin camisa a la cuna semejante a un nido sin musgo.

Pero cuando salía de la casa, se giró, miró la fachada instintivamente. Se asombraba, un poco sofocada... Esa casa, era curioso, se parecía a la de... Y, en efecto, era desde luego, en ese barrio de negocios, la casa en la que el Sr. de Marciac había tomado en alquiler y amueblado el querido picadero.

¡Qué extraña casualidad! ¿Una casualidad? en absoluto. ¡Las providencias, justas dispensadoras de las recompensas debidas, habían vigilado y dirigido al cochero!

La marquesa de Belvélice no pudo contener – eso es fácil de concebir – la curiosidad de saber si, pasadas tres horas, su amigo todavía la esperaba. Subió muy aprisa; él no la esperaba sin duda. ¡La hubiese esperado hasta el final de los tiempos! y, desde el umbral, él se lanzó. ¡Ah! ¡qué exquisita fue la dulzura del primer beso! La caricia mil no fue menos adorable. Oculto bajo el pretexto transparente de las muselinas al pie de la cama, el ángel de la guarda, aunque un poco escandalizado, no reprochó a la marquesa el amplio y múltiple pecado cuyas delicias tanto había merecido.

## INDICE

Medida por medida .....	5
Justicia del amor .....	7
El incendiario honesto .....	9
Coquelicotina.....	11
El buen calculador .....	12
La que era morena .....	14
La que pide prestado.....	16
Avaricia .....	18
El pajarillo, la perla y la rosa.....	19
Enfado derrotado .....	20
El último silfo .....	22
Y más cambio .....	24
Las solitarias.....	25
El luis de oro, la joya y la estrella.....	29
La anónima .....	31
Singulares efectos del beso.....	32
La dulce y cruel limosna.....	33
La dulce amante.....	37
El justo castigo .....	39
La feliz estrella .....	41
El milagro .....	42
Agradecimiento .....	44
La risueña .....	46
La dulce amargura .....	47
El único nombre .....	48
La flor que tiene frío.....	50
Metempsicosis .....	51
El jugador honrado .....	53
Discusión con una rosa .....	54
Buena vecindad.....	56
Noche de tormenta.....	57
El ángel de la guarda .....	58